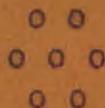


GFS-136-C

Fundación Rodríguez
(mecnografiado)

" FUNDACION RODRIGUEZ "

ACTO PRIMERO.



" FUNDACION RODRIGUEZ "

Comedia estrafalaria en ^{dos} tres
actos. Original de FEDERICO
ROMERO y GUILLERMO FERNANDEZ
SHAW.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

PERSONAJES

Por orden de su aparición en
escena.

TERESA.

TIO MINUTO.

SEÑOR ANASTASIO.

DON JOSE.

BOTONES.

AUTORIDAD 1ª.

AUTORIDAD 2ª.

AUTORIDAD 3ª.

AUTORIDAD 4ª.

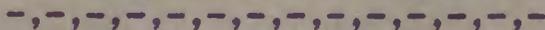
El "SACAMANTECAS".

CELADORES. UNA CHARANGA.

La acción en el pueblo de Valdefresnos.

Epoca actual.

"FUNDACION RODRIGUEZ"



ACTO PRIMERO.

Cruce de galerías en el interior de la nueva cárcel del supuesto pueblo español de Valdefresnos. Una galería se supone que corre en sentido paralelo a la línea de la batería, ocupando el primer término de la escena; a derecha e izquierda, dos esbeltos arcos dán paso a los extremos de aquélla. La otra galería nace en el centro de la escena, perpendicularmente a la primera, - bajo otro arco, a segundo término, en cuyo borde se lee: "Odia el delito y compadece al delincuente". A uno y otro de este arco se abren, en el muro de la primera galería, dos puertas de madera oscura, en cuyos centros hay grandes ventanales, defendidos por bellos y fuertes enrejados. Encima de cada puerta respectivamente los números 22 y 23. En la segunda galería, -o sea en la perpendicular a la primera, - otras puertas a derecha e izquierda, iguales a las ya descritas; dos de ellas, practicables. Si el fondo del escenario permite que esta galería perpendicular tenga algunos metros de largo, al final de ella se verá el cruce de otra galería prac-

ticable, con cristalada y enrejado al foro y con un forillo de campo. Si el escenario es pequeño, la galería no será perpendicular, sino oblicua y será uno de sus lados el que cierre la perspectiva del fondo. En el cruce de las dos galerías del centro de la escena, las dos esquinas que se vén estarán matadas por ochavas. Delante de una de éstas, -la de la izquierda-, una silla y ante ella, una pequeña mesa de madera. En la pared de la otra ochava, en alto, la puerta de una alacena. Delante, una mecedora.

Paredes blanquísimas y brillantes zócalos de azulejos; suelos de baldosas grandes, relucientes. Arquitectura sencilla y muy moderna. Sensación de solidez, limpieza y buen gusto.

En la silla, sentado ante la mesa, **EL TIO MINUTO** con uniforme y gorra, recién estrenados, de celador. Sobre la mesa tiene tintero, pluma, papel secante y algunos papeles blancos. Es hombre de edad con pelo muy blanco y cara arrugada, muy tostada por el sol. A su lado, de pié, con un capacho bastante abultado en la mano, **TERESA**, joven morena y agraciada, muy pulcramente vestida, aunque con mucha modestia.

Es una mañana de espléndido sol. Se supone

que la luz penetra por los ventanales, enrejados, del lado de la galería de primer término que corresponde a la línea de batería.

MINUTO.- Tú no te apures, chica, que ya se arreglará.

TERESA.- (Gimoteando)

Pero, ¿cuándo, tío Minuto? Cuándo se sepa en todo el pueblo y sea la deshonra de él y de la familia?.

MINUTO.- Un mal momento lo tié cualquiera.

TERESA.- Pero si este padre mío no había tenido malos momentos en su vida. Usted le conoce; no es de ahora.

MINUTO.- ¡Que si le conozco! Por eso te digo que no te apures, rapaza. Buenos vecinos y honrados, a cual mejor, hay en Valdefresnos; pero como el señor Anastasio, pocos. Un hombre cabal.

TERESA.- ¿Y, cómo se explica usted?...

MINUTO.- ¿Que esté en la cárcel? ¡Misterio!

TERESA.- ¿No dice en esos papeles de qué le acusan? (Llorando otra vez)

¡Ay, madre de los Dolores, qué angustia tan grande!

MINUT.-

(Levantándose y acercándose
confidencialmente a ella.)

Me estás dando lástima y voy a romper el secreto que debo guardar. Pero, ¡pa tí sola, eh! Ni a tu madre siquiera se lo digas.

TERES.- Hable usted, por caridad.

MINUT.- El señor Anastasio está encarcelao... ¡por hurto!

TERES.- ¿Por hurto? ¿Y eso qué es?

MINUT.- Por robar, mujer.

TERES.- ¡Ay! Eso sí que no. Dígale usted al juez al director o a quien sea que mi padre no es capaz de quitar a nadie ni tanto así. (Marcando con los dedos)

¿Usted sabe las palizas que le tié dao a mi hermano el pequeño, al Nicanor, porque se comía las peras hel huerto de al lao de casa?

MINUT.- Pues... ha hurtao. Y está convicto y confeso.

TERES.- ¿Con quién?

MINUT.- Que él mismo lo ha confesáo en una declaración que he visto yo con su firma. Que se veía en mucha necesidad; que tú querías casarte pa el año que viene y

que pa tu ajuar... pues... ¡robó unos duros!

TERES.- ¡Ahora mismo los devuelvo yo! Porque eso sí que es verdad; que antier me entregó cuarenta duros pa eso de la boda... y yo no sé qué le encontré en los ojos, que no miraba como otras veces. Ahora mismo devuelvo ese dinero... ¡y me lo entrega usted!

MINUT.- Eso no es posible, Teresa. Ya está hecho el atestao y, mientras que no haya orden superior...

TERESA.- ¡Y he sido yo la causa! Es para desesperarse, ¡para morir!

MINUT.- Tampoco es para tanto, mujer, al fin y al cabo pué tener el orgullo de haber estrenáo este establecimiento modelo.

TERESA.- ¡Vaya un orgullo! Ser el primer preso de una cárcel! ¡Si es pa que le dé a una entodavía más vergüenza! ¡Con lo que yo había soñado con el día de hpy!

MINUT.- ¡Tó el pueblo en fiestas...

TERES.- Tó el pueblo menos nosotras. Tós los balcones con colgaduras, tó el vecindario con sus mejores trajes...

- MINUT.- Es que no tós los días se descubre una estatua y se inaugura una cárcel.
- TERES.- Usted sí que tuvo suerte.
- MINUT.- Al señor Alcalde se lo debo. "Mira, Minuto, -me dijo,- tengo pa tí una buena colocación. Bastante te has ajetreao en tu vida vendiendo fruta, con el burro por estos contornos; pues, ahora, a descansar a la cárcel, que bién que te lo has ganao.
- TERES.- Pero como guardián. No como un... ¡No me atrevo siquiera a decirlo! ¡Como un ladrón! (Vuelve a llorar)
- MINUT.- Vamos, chica; menos lloros y a lo que venías.
- TERES.- A traerle la comida a mi padre; que, aunque desganao, tié que alimentarse. Y mi madre y yo le hemos hecho lo que más le gusta, para consolarle y para que, de algún modo, se pueda sumar hoy a la alegría del pueblo. ¿Puede usted entregarle este capacho?
- MINUT.- Dáselo tú misma, si quieres.
- TERES.- ¡Ah! Pero, ¿se le puede ver?
- MINUT.- Estás autorizada por el Reglamento.

(Dirigiéndose a la puerta
(número 23 que es la de la
(derecha.

¡Señor Anastasio!

(Dá dos golpes)

¡Señor Anastasio! ¿Se habrá dormido?

TERES.- ¿Le habrá pasado algo?

(Inquieta)

MINUT.- Espera. No me había acordao de que ha-
bía timbre.

(Oprime el botón de un timbre
(que hay al lado de la puerta.

Ponte a un lao pa evitar la emoción de
golpe.

TERES.- Pero, ¿está?

(Retirándose a la izquierda)

MINUT.- Ya se oyen sus pasos. ¡Señor Anasta-
sio!

(Se abre el ventanal de la puer-
(ta 23 y, tras él, aparece el
(señor Anastasio, hombre de uno
(cincuenta años, recién peina-
(do y afeitado, que viste ca-
(misa blanca con mangas largas
(y sin cuello, pantalón de pa-
(na y faja.

ANAST.- ¿Eres tú, Minuto? Perdona que te haya
hecho esperar. Estaba terminando de
afeitarme.

MINUT.- ¿Ha podido usted?...

ANAST.- Es una bendición de Dios cómo sale de caliente el agua. Se me ha quedao la piel... Parece de un lechoncillo recién nacido. ¿Cuándo podíamos figurarnos esto, Minuto? ¡Era mucho hombre Don Aquilino!

MINUT.- Bueno, señor Anastasio, luego comentaremos si quiere. Pero ahora...

ANAST.- ¿Qué ocurre? Me alarmas.

MINUT.- Pasa que aquí está la Teresa hecha un mar de lágrimas y que pretende verle a usted.

ANAST.- ¿Y, para qué ha venido? ¿No dije que no quería ver a nadie? Teresa... Hija...

TERES.- (Acercándose)

Padre... (Se abrazan al través de los
(barrotes de la reja.

¿A qué huele usted, padre? A perfumería.

ANAST.- Será a jabón. A jabón Gal. Los reclusos de esta cárcel se afeitan con jabón de la casa Gal.

TERES.- ¡Pero si está usted más guapo y más joven! ...

ANAS.- Eso es del aseo.

TERE.- ¡Y con una camisa limpia!...

- ANAS.- Esta es... del tío Minuto, que me la ha prestao pa contribuir al conjunto. Es un buen amigo.
- MINU.- Ni hablar de eso.
- TERE.- Yo me pensé encontrármelo cabizbajo y destrozao y es usted talmente un galán de cine. ¡Con los motivos que tós tenemos pa estar tristes!
- MINU.- ¡Fíjate qué trago pa ella y pa su madre!
- ANAS.- No, si lo comprendo, hija, lo comprendo. Pero tós hemos de tener mucha conformidad ¿No se dice a mal tiempo buena cara? Pues eso hago yo.
- TERE.- Eso está bien, padre; pero aquí hay una cosa que no me explico y que yo quiero oír de los labios de usted.
- ANAS.- Pregunta, Teresilla.
- TERE.- ¿Usted no ha sido toda su vida un hombre como Dios manda?
- ANAS.- ¡Siempre!
- TERE.- ¿Usted no se casó con mi madre porque era una santa y porque quería tener unos hijos honraos!
- ANAS.- Tú lo has dicho. Y lo he conseguido. Que, ni de vosotros ni de nadie de ca-

sa puede hablar la gente más que alabanzas.

MINU.- ¡Y que usted lo diga!

(Corroborando)

TERE.- Pues si usted nos ha educáo en el santo temor de Dios y ha sido siempre un hombre ejemplar, que incluso se ha sacri-ficáo por los demás...

ANAS.- ¡Eso!

TERE.- ...¿Cómo es que se vé en este trance tan horrible, acusao de... acusao de un delito que no quiero ni nombrar?

ANAS.- (Asombrado)

¿Acusao de un delito yo? ¿Tú oyes esto, Minuto?

MINU.- Hombre, señor Anastasio, que no he tenido más remedio que decirle lo de la declaración de usted; pero pidiéndole que guarde el secreto porque nadie lo va a saber.

TERE.- Y ¡qué más dá, padre! ¡Qué más dá! Si a estas horas tó el pueblo sabe que está usted encarcelao, supondrá que no será por hacerle el favor a un amigo. Y si no saben que robó usted unos duros, pensa-

rán en otro delito todavía peor.

ANAS.- Pero ¿tú has creído que los duros...?

TERE.- Pues ¡no lo voy a creer! En nuestra pobreza, limpia y honrada, ¿cómo podía salir de pronto ese dinero? Debí figurármelo. Y ahora ya es la deshonra pa tós.

ANAS.- Mira, Minuto. ¿Me puedes abrir un momento la puerta pa que yo pueda moverme con facilidad y convencer a mi hija de que, aunque lo parezca, no soy ningún malvao?

MINU.- Pues, no faltaba más. En siendo cprta la entrevista...

(De un llavero pequeño, elige una llavecita inglesa, con la que abre la puerta.)

TERE.- Yo no he dicho que sea usted malo. ¡Cómo voy a pensar eso de un padre como el que tengo! Pero habrá tenido usted un mal cuarto de hora.

ANAS.- (Saliendo a escena)

Que no, hija; que no. Yo no he dejao de ser el de siempre. Ven aquí, Teresa; mírame a la cara. ¿Tú me crees capaz de engañarte?

TERE.- No, padre; creo en usted, como toda mi vida.

ANAS.- Pues yo te digo, Teresa, que éste te ha contao lo que no tenía más remedio que contarte; que las cosas suceden por- que a la fuerza tién que suceder; pero que el señor Anastasio Gómez, vecino de Valdefresnos, sigue siendo el hombre más honrao y más cabal de tós estos alrede- dores y que tó lo que ahora le ocurre, que parece tan malo, no es más que una cosa muy buena, de la que tú serás la primera beneficiada, antes y después de tu boda.

TERE.- Pero, padre...

ANAS.- Y que aquí lo único triste que ocurre es que tu madre y tú hayáis dudao de mí en la primera ocasión...

TERE.- Es que... las muestras eran pa alarmarse

ANAS.- Por lo cual, ahora mismo te vuelves pa casa, tan contenta, le dices a tu madre que saque del arda los vestidos más majos; os marcháis, si aún tenéis tiem- po, a la función religiosa, que ya ha- brá empezao; y esta tarde bailas tú en

la plaza con tu novio, si él quiere, y esta noche ponéis la "Radio Madrid" que solaza y educa.

TERE.-

¿Y usted, padre?

ANAS.-

Yo...pondré la Radio-Toulouse, que tié un programa más bonito.

TERE.-

Pero, ¿hay Radio en la cárcel?

ANAS.-

¡Andá! Pregúntale a éste. Una en cada celda.

MINU.-

Chiquitas y del último modelo. ¿Qué mal hay en eso?

TERE.-

No; yo creía que en una casa así...

MINU.-

Pues te has equivocao de medio a medio. El espíritu humanitario y moderno del fundador lo tenía tó previsto.

TERE.-

Pero una radio, que parece un premio o cosa así...

ANAS.-

Pues es lo de menos. ¿No has visto el cuarto de baño?

TERE.-

¿Un cuarto de baño?

ANAS.-

Uno en cada celda para que, cada preso, al limpiar la mugre de su cuerpo, sienta también que se le cae la mugre de su espíritu.

TERE.-

Se oye y no se cree.

- MINU.- Con agua caliente y fría y con instalación de ducha. ¡Na más!
- ANAS.- ¡Era mucho hombre don Aquilino!
- TERE.- ¿Se puede ver?
- ANAS.- Pasa, si quieres. Y cuelga ya en la percha esa toalla grande que verás en el suelo. (Teresa hace mutis por la puerta 23.)
- ¿Qué es eso?
- (Señalando el capacho que Teresa ha dejado en el suelo cuando él salió al ventanal.)
- MINU.- El almuerzo, que se lo trae la chica.
- ANAS.- Y tú, ¿qué le has dicho?
- MINU.- Que se lo puede dejar, si quiere.
- ANAS.- ¡Cómo se ve que no eres recluso!
- MINU.- ¿Por qué?
- ANAS.- Porque, para los reclusos, ha dispuesto la dirección del establecimiento una comida de inauguración que, ya verás... Porque yo te convidó.
- MINU.- ¡Hombre! Se agradece.
- TERE.- (Saliendo)
- ¡Qué cuartos y qué espejos! ¡No los hay en todo el pueblo mejores! Ya me voy mas tranquila, padre.

ANAS.- ¿Lo estás viendo? Y te puedes ir, además, con ese capacho de comida, porque, por ser el primer día, tenemos un banquete extraordinario.

TERE.- El que usted se merece.

ANAS.- No hay como proceder bien en la vida. Fíjate en el menú.

(Saca del pecho una cartulina
en la que lee.

"Almuerzo del día 20 de abril para solemnizar la inauguración de la "Fundación Rodríguez": Tortilla de patatas, meto a la andaluza. Pavipollos con tomate. Natillas. Plátanos. Puro. Café y licor".

TERE.- (Asombrada)

¡Mi madre! Digo: ¡mi padre!

MINU.- Y que será abundante, digo yo.

TERE.- Entonces...

(Indicando el capacho)

¿Le digo a madre que no pase mucha desesperación?

ANAS.- Que disfrute de la vida y que no se preocupe.

TERE.- ¿Y a los vecinos que nos pregunten por usted?...

ANAS.- Les dices que me voy reponiendo del

disgusto y que confío en salir lavao de toda culpa, en cuanto que me reponga.

TERE.- Pero, ¿y la honra, padre? Usted, siempre tan mirao!

ANAS.- La honra la lavaremos también en cuanto que se conozca la verdad.

TERE.- ¿Me voy tranquila, padre?

ANAS.- Te vas tranquila y te vas ahora mismo; porque por allí viene el Director y no quiero que crea que abuso de las visitas. Llévala, Minuto, haz el favor.

(Entra en su celda y cierra con la llave, dando dos vueltas.)

MINU.- Tú mandas. Vamos, rapaza.

ANAS.- ¡Oye, Minuto! La llave, que te la dejas. (Se la dá)

MINU.- Es verdad. Muy agradecido.

TERE.- ¿Hasta mañana, padre?

ANAS.- Hasta mañana. Y di a tus hermanos que se porten bien; que no les tenga que regañar cuando vuelva.

TERE.- Descuide, padre.

(Mutis de Teresa y Minuto por la izquierda.)

ANAS.- Anda con Dios, hija mía.

(Saca un pañuelo blanco con el que dice "adiós", hasta que se dá cuenta de su imprudencia.

¡Y que tenga uno que pasar estos trances por la amistad! Ahí viene ese. Cerraremos, por si acaso.

(En efecto, a los pocos segundos, aparece por el primer término de la derecha DON JOSE, el Director de la Cárcel. Viste de chaquet, un poco anticuado y viene despacio, leyendo en un pliego de papel. Es, como el señor Anastasio, un hombre de cincuenta y tantos años.

DON JOSE.-

(Como aprendiendo de memoria lo que lee.

"Es para mí de una intensa emoción el momento presente. Y es de una intensa emoción, porque hoy se vé convertido en realidad aquel sueño, aquella fantasmagoría"...

(Se detiene y deja de leer)

Esto de la fantasmagoría lo voy a tachar porque me lo ha pisado ya el Alcalde. (Vuelve a leer)

"Se vé c onvertido en realidad aquel sueño de Don Aquilino Rodríguez, inclito

hijo de este pueblo, que al volver millonario de lejanos países a su terruño, quiso enaltecer a Valdefresnos con esta fundación que lleva su nombre y ha de ser la admiración de todas las naciones civilizadas".

(Se sienta en la mecedora)

Muy largo es esto para que me lo aprenda de memoria; pero...

(Torna a la lectura)

"¿A quién sino a don Aquilino Rodríguez pudo ocurrírsele una idea tan altruista y tan humanitaria como esta de construir una cárcel donde los hijos descarriados de Valdefresnos encuentren, por el camino del bien y en la templanza, la regeneración de sus almas impuras?" Hasta aquí, menos mal; pero después...; ¡cualquiera se lo aprende!

ANAS.-

(Que ha abierto hace un rato
(su ventanal y ha prestado
(oído.

PEPE.- Oye, Pepe...

D.JOSE.-

(Sin darse cuenta de donde la
(llaman.

¿Qué?

ANAS.- Oye, Pepe. Soy yo: Tasio.

D.JOSE.-

(Levantándose)

¡Ah! Que eres tú. No recordaba que estabas ahí.

ANAS.- Es que te oigo ensayar el discurso; y, si quieres apuntador... Estamos solos.

D.JOSE.- ¡Hombre, sí! Te lo agradezco. No me digas más que al principio de cada párrafo. (Le dá el papel)

ANAS.- "Yo, que me honro en ser el Director"...

D.JOSE.- Eso. (Declamando)

"Yo que me honro en ser el Director de esta nueva cárcel que hoy inauguramos, digo a los cuatro vientos que no hay establecimiento penal en el mundo que reúna las condiciones de la Fundación Rodríguez".

ANAS.- (Apuntando)

"Ved al terrible criminal"...

D.JOSE.- Es verdad.

(Como antes)

¡Ved al terrible criminal tras los barrotes de la reja. Poco a poco su alma se irá purificando al contacto de la justicia y de la clemencia".

ANAS.- Oye. En eso de la clemencia ten cuidao ¡A ver si crees que es la hija del bo-



ticario...

D.JOSE.- Bueno, es igual. Diré: "de la misericordia". Yo creo que, con esto y algunas frases improvisadas y emocionantes para final, quedaré bastante bien, ¿no te parece?

ANAS.- Ni que decir tiene.

D.JOSE.- Es que ahora, en el descubrimiento de la estatua de don Aquilino, se ha destapado un muchacho, el hijo de la Juana, que es un portento de orador.

ANAS.- ¡Con lo tonto que era! ¡Ese sí que ha sido un descubrimiento!

D.JOSE.- ... Y, como yo, tú lo sabes, tengo mi amor propio, no quiero quedar mal. Y tú, ¿qué haces ahí encerrado?

ANAS.- ¡Toma! Pues cumpliendo el papel que me has asinao pa que no padezca tu amor propio. ¿Es que puedo salir?

D.JOSE.- Mientras no venga la gente, ¡claro! Toma mi llave.

(Dádosela) CARLOS RAFAEL FERNÁNDEZ-SHAW

No tienes idea de lo agradecido que te estoy por tu colaboración y tu sacrificio. (Sale Anastasio de su celda)

ANAS.- ¡Ya puedes estarlo! Que yomal principio me figuré que no tendría trascendencia ayudarte, pero hay una cosa que es mi reputación, que está padeciendo; y esa ni con la amistad ni con el dinero se paga.

D.JOSE.- ¿Tu reputación?

ANAS.- Mi buena fama de hombre honrao. El pueblo ya sabe que estoy en la cárcel y se supone que por algún delito grave será; y mi hija ha venido con unas lágrimas así de largas, y ella y su madre se piensan que soy criminal o, por lo menos, un ladrón.

D.JOSE.- Y no eres más que un buen amigo.

ANAS.- Pero es que los amigos, Pepe, deben hacer favores, pero no primadas. Y ésta es de parentesco de primer grado. Y, como, por lo visto ¡hasta has inventao una declaración mía!...

D.JOSE.- Ya te he dicho que te compensaré con creces. Tu inocencia resplandecerá sin mancha y te habrás ganado unas pesetas que ya has comenzado a conocer.

ANAST.- ¡Pero, Pepe de mi vida! ¿Qué hago yo

con esas pesetas si la gente cree que las he robao? ¿Voy a decir a cada vecino que me las has pagao tú como remuneración transitoria de un papel de supuesto recluso en la cárcel nueva?

D.JOSE.- Diré yo que te he entregado el dinero como indemnización de tu detención injustificada. Tú ponte en mi caso...

ANAST.- (Sentándose en la mecedora)

Ponte tú en el mío.

D.JOSE.- ¿Cómo podía yo figurarme nunca que llegase el día de la inauguración y no tuviéramos ni un miserable preso para justificar todos los servicios? ¿Cómo podía el inolvidable don Aquilino presumir que en Valdefresno no hubiera, llegado este día ni un sólo delito de que acusar a nadie?

ANAS.- Es que, en buen hora se diga; pero pueblos como éste se dan pocos; ¡hombres y mujeres! : cristianos, hojraos y trabajadores. Por eso, Don Aquilino tenía que ser de aquí.

D.JOSE.- Está bien. Pero si el Reglamento de la Fundación, aprobado por la superioridad, dispone que la cárcel se construya para

volver al buen camino a los hijos de Valdefresnos ¿qué hijos mete en la cárcel si ninguno se apartó de su vereda?

ANAST.- Y tú dijiste: en vez de hijos, meteré a un amigo.

D.JOSÉ.- Pero, ¿no comprendes el ridículo que hubiésemos hecho hoy ante las autoridades sin tener un solo delincuente de quien decir: "Este lobo se transformará en manso cordero", "Este leopardo será un conejillo de Indias"...

ANAS.-

(Devantándose)

¡Alto, ahí, Pepe! Tú pídele sacrificios a mi amistad, tú llámame como quieras, pero "conejillo de Indias", no; que, para pruebas, ya tengo bastante.

D.JOSÉ.- Era un ejemplo.

ANAS.- ¿Y por qué no habéis traído los presos de fuera? Ahí al lao, en Valdefresquillas, hay muchos crímenes y están las prisiones atestadas.

D.JOSÉ.- Pero, ¿tú serías capaz de exponer al pueblo a un peligro así de contaminación? ¡De Valdefresquillas, nunca! El

Alcalde se opone y tiene razón.

ANAST.- Son muy brutos, es verdad. No hay vez que pase por allí un vecino de Valdefresnos que no le saluden con un cantazo.

D.JOSE.- Porque nos tienen mucha ojeriza al ver que progresamos. ¿Y vamos nosotros a consentir que sean para los de Valdefresquillas todas las comodidades y todo el confort que hemos acumulado aquí con los millones de don Aquilino? No. ¡Eso de ningún modo! Antes la muerte

ANAST.- Pues yo te sacó del apuro estos días; pero, nada más. Aunque tengáis que cerrar luego por liquidación de existencias.

D:JOSE.- Mira, Anastasio: por desgracia, la delincuencia en el mundo es consuetudinaria y no tardara este establecimiento en verse favorecido por seres desgraciados que encuentren aquí su salvación; pero tú, una vez que te has decidido a ayudarme, debes hacerte la cuenta de que te ha salido una quincena.

ANAST.- ¿Una quincena?

D.JOSE.- Ganarás... veinte duros al día. ¿Te conviene?

ANAST.- Es que eso ya me dá remordimiento.
¡Cien pesetas diarias! ¿No te parece un crimen?

D.JOSE.- (Riendo)
¿Lo castigamos con mayor reclusión?

ANAST.- ¡No, Pepe!

D.JOSE.- No te preocupes, hombre. Los fondos extraordinarios de la Fundación dán para eso y para mucho más.

ANAST.- (Convencido)
¡Era mucho hombre Don Aquilino!

BOTONES.- (APARECIENDO por la izquierda del foro.)

¡Señor Director! ¡Señor Director!

D.JOSE.- (Con una rápida transición a Anastasio.)

¡Y ya lo sabe usted, Anastasio! Desde hoy no es aquí más que el número veintitrés. ¡Cuádrese! Pues, ¡no faltaba más!

(Volviéndose al botones)

¿Qué ocurre?

BOTONES.- Que ya empiezan a llegar esos señores y preguntan por el señor Director.

D.JOSE.- (A Anastasio)

Ya lo oye. Quiero ver el grado de arrepentimiento que nos demuestra usted.

(Al chico)

Vamos, galán.

(Hacen mutis rápidamente por el foro izquierda Don Jose y El Botones.)

ANAST.-

¡Y se le olvida al pobre hasta encerrarme!

(Deshace la rigidez que adoptó al cuadrarse.)

Este chico llegará lejos, porque tiene ingenio; pero es un poco atolondrao. Medita poco las cosas y luego surgen las complicaciones. Esto mismo de dejarme suelto... pues debía de tener sus consecuencias.

(Va a su celda y saca de ella una silla baja.)

Menos mal que ha dao conmigo que le protejo y le protegeré toda mi vida. Pero se lo prometí a su santa madre. No creo que la buena señora tenga queja de mi longanimidad.

(Se sienta en la silla, a la izquierda de la puerta de la celda, y saca del bolsillo del pantalón una baraja.)

Haré unos solitarios pa entretenerme.

(Va echando cartas sobre sus
piernas.)

MINUTO.- (Por el foro izquierda)

¡Señor Anastasio!

ANETA.- ¿Qué hay?

MINU.- ¿Qué hace usted?

ANAS.- Ya lo vés, Minuto: sentao a la puerta de casa. ¿Quieres echarte una brisca?

MINU.- Ahora no tengo tiempo. Que me dice el Director que si se ha acordao usted del uniforme. Que se lo ponga enseguida y que se encierre.

ANAS.- Pero, ¿me habéis dicho nada del uniforme?

MINU.- Serán unos pijamas que me han dao a guardar en esa alacena.

ANAS.- Esos serán. Por mí, no hay inconveniente.

MINU.- (Abriendo la alacena del
chaflán de la derecha.)

Mírelos aquí. Son de seda y de diferentes tamaños. Escoja usted el que más le guste.

ANAS.- A mí me es lo mismo. Con tal de que sea grande, pa que el pantalón me quede holgao...

MINU.-

(Que ha cogido de la alacena
(donde están apilados varios
(pijamas.

Hay donde elegir...

(Señalando uno)

Este, parece el mayor.

ANAS.-

Pero... ¡rosa pálido! ¿A tí te parece
el color apropiao pa un recluso?...

MINU.-

Lo querrá usted más sufrido, ¿verdad?

ANAS.-

Uno mprao, un café... un granate al
menos.

MINU.-

Se tendrá que conformar con este verde,
que es bastante apañado.

ANAS.-

¡Venga de verdá! Parecerá un loro den-
tro de la jaula; pero es igual.

(Toma un pijama de vivo color
(verde, mientras que Minuto
(guarda los demás en la alacena.

¿Tú me querrás ayudar a ponérmelo?

MINU.-

Pues ¡no faltaba más!

ANAS.-

(Desdobra el pijama y ve que
(cae al suelo un trozo de tela
(del mismo color.

Oye: ¿eso qué es? ¿Tién sorpresa los
pijamas?

MINU.-

(Recogiéndolo)

Esto es... el gorro que se tié que po-

ner usted pa que le dé carácter.

ANAS.- Pero si yo..., con gorro o sin él, tendré el mismo carácter siempre.

(Se lo pone)

¿Cómo me sienta?

MINU.- ¡Hombre! Le sienta muy mal; pero es lo que debe ser.

ANAS.- ¡Qué quieres, hijo! La falta de costumbre. (Se sienta en la mecedora)

Ahora, el pantalón. ¡Ajajá! Nunca me he puesto telas tan finas.

MINU.- ¿Se ha fijao qué suavitas son? Está usted pa acariciarle.

ANAS.- Lo que estoy es pa hacerme una foto de día de feria. Dame la chaqueta. Y dile al Director que por mí, pueden venir ya cuando se les antoje. ¿Qué tipo hago en conjunto?

MINU.- A mí no me parece usted demasiado facineroso, la verdad.

ANAS.- Gracias, Minuto.

MINU.- Tié usted una cara de "Hombre de Dios", que ¡ya le pueden caber pijamas encima!

ANAS.- Tú me comprendes. Pues la cara es el espejo del alma, no te digo más.

MINU.- Ni me tié usted nada que decir. Si hay en el pueblo un hombre decente, es usted.

ANAS.- ¡Eso! Gracias, Minuto.

MINU.- Si hay alguna persona desprendida, usted. (Inicia el mutis por el foro)

ANAS.- ¡Eso! Me dás la vida, Minutillo...

MINU.- ¡Usted! Sí señor. Usted que únicamente se ha quedao con unos duros; pero por lo demás, ¡un santo!

(Mutis rápido)

ANAS.- ¿Eh?... Oye, Minuto... ¡Que si quieres! Hasta el zopenco éste se lo ha creído...

(Empieza a sonar dentro una charanga, pero de modo que no estorbe el diálogo de esa cena.

Me está cargando a mí ya la familia...

No; pues conmigo que no jueguen... Ya toca la música. ¡Mira que si yo me fugase ahora!... Bien merecido se lo tenían.

(Viendo al Botones que vuelve por la izquierda.

¿Otra vez tú por aquí?

BOTO.-

(Que trae un juego de tartaras, un termo y dos botellas.

Le traigo la comida, señor Anastasio,

y usted perdone que me ría de la pinta que tiene.

ANAS.- Estás perdonao.

BOTO.- Le traigo la comida para que pueda usted tomarla durante el acto oficial de la inauguración, que será ahí, en el salón de recepciones.

(Señalando hacia la derecha)

ANAS.- Trae. (Toma las viandas, que va entrando en la celda.)

Nos sacrificaremos, mientras que ellos hablan. ¿Viene tó el menú, verdad?

BOTO.- Únicamente falta el puro, que luego se lo traeré.

ANAS.- Me es igual. No fumo.

BOTO.- Señor Anastasio, ¿usted no me conoce?

ANAS.- No, chaval. Así, al pronto...

BOTO.- Yo soy el Sebas; el nieto de la Eufrasia. El amigo de su hijo pequeño: del Nicanor.

ANAS.- Entonces, si eres amigo de mi hijo, como si lo fueras mío. ¿Querías algo?

BOTO.- Sí, señor: que me diera usted su puro. Hoy debemos celebrar la fiesta.

ANAS.- Es verdad. Cuando te den luego el ciga-

rro pa mí, te quedas con él. Pero no lo fumes delante de mi chico...

BOTO.- No hay cuidao. Tengo aquí mucho que hacer. (Al dirigirse hacia la izquierda, se vuelve y dice:

Ya viene ahí la comitiva. Hasta luego, señor Anastasio.

ANAS.- Adios, rapaz.

(Corre a meterse en su celda. Cuando cierra la puerta, abre (el ventanal, quedando asomado a él.

Solo se hace esto por un amigo.

(La charanga que vuelve a sonar, sale por el foro izquierda y atraviesa, tocando, (la escena, yéndose por el (primer término derecha. De- (trás de los músicos van dos (celadores, vestidos igual (que el tío Minuto. Cuando (los sones de la charanga se (alejan, aparecen también por (segunda derecha, cuatro señores que son las Autoridades (1ª, 2ª, 3ª, y 4ª. Los cuatro (visten como Don José, que les (acompaña, americanas negras, (chaquet o levita, de corte (anticuado, pero no grotescos. (Al llegar al centro de la es- (cena, se detienen los cin- (co, contemplando el edifi-

(ficio. Tras ellos ha salido
 (Minuto, que se mantiene ale-
 (jado respetuosamente.

AUT 1ª.- ¡Es un prodigio de arquitectura!

AUT 2ª.- Lo reúne todo: elegancia, comodidad, alegría, higiene. Lo que deseaba nuestro benemérito convecino.

D.JOSE.- Estas galerías entrecruzadas son un acierto.

AUT 3ª.- ¡Un hallazgo, sí señor, un hallazgo!

AUT. 1ª.- ¿Y el recluso? ¿Dónde está el recluso?

D.JOSE.- Aquí, señor Director. En la celda veintitrés.

AUT. 1ª.- (A Anastasio)

¡Hola, buena pieza!

ANAS.- Vengan ustedes con Dios.

AUT. 1ª.- (A Don José)

¡Magnífico ejemplar! Le felicito, amigo López, le felicito.

D.JOSE.- Lo mejor que se ha podido encontrar. Yo creo que, un caso así acredita un establecimiento.

AUT. 1ª.- ¡Cuando yo le felicito!... Los franceses dicen: "A tal señor, tal honor". Usted ha dicho, "Para esta magna cárcel, este magno ganapán!" ¡Buena elección, amigo!

D.JOSE.- Es usted muy bondadoso. Interrógueme si desea.

AUT. 1ª.- (A Anastasio)

Se diría que toda esta maravilla de edificio se ha hecho para tí.

ANAS.- Sí, señor; se diría...

AUT.-1ª.- Porque tú... no te mereces ésto.

ANAS.- No señor; francamente, no me lo merezco.

AUT. 1ª.- Porque lo tuyo, ya nos lo ha contado el Director; es un caso excepcional.

ANAS.- ¡Oh!... ¡Y tan excepcional!

AUTO 1ª.- Sabemos la verdad completa.

ANAS.- (A Don José sin poder contenerse.)

¡Ah! ¿Se la has dicho?

D.JOSE.- (Rápido)

¿Cómo?

ANAS.- ¿Se la ha dicho... usía?

D.JOSE.- ¡Toda la verdad!

AUT 1ª.- Lo del robo en despoblado...

ANAS.- (Con asombro)

¿En despoblado?

AUT. 1ª.- Lo de la estafa en un Mesón...

ANAS.- (Estupefacto)

¿Yo, estafador?

AUT. 1ª.- ¡Lo de las siete muertes de las siete viejas!...

ANAS.- (Horrorizado)

Pero, ¿qué oigo?

D. JOSE.- ¡Sí, hombre! Las siete muertes de las siete viejas. ¿No te acuerdas ya?

ANAS.- ¡No, señor! ¡Protesto! Yo no he matao a nadie.

AUT. 1ª.- Protesta... protesta... ¡Arrepiéntete, que es tu obligación!

ANAS.- Yo, sí señor; me arrepiento. Yo sé de lo que me arrepiento; pero nada más.

AUT 2ª.- ¿Seguimos adelante?

D. JOSE.- (Señalando hacia la derecha)

Por aquí; vengan por aquí.

(Inicia el mutis, precediendo a los demás.)

ANAS.- Yo les suplico que me oigan.

AUT. 1ª.- Todos, igual. Cometan el delito y, cuando han de rendir cuentas, lo niegan.

(A Anastasio)

La culpa es el veneno que corroe tu alma, desgraciado.

(Mutis, detrás de Don José)

AUT. 2ª.- La culpa es tu martirio.

(Idem detrás de la Autoridad 1)

AUT. 3ª.- ¡La culpa! (Idem)

AUT. 4ª.- ¡La culpa! (Idem)

ANAS.- (Al desaparecer la última autoridad.)

¡La culpa es mía, sí señor! Pero se acabaron las contemplaciones.

(A Minuto, que va a seguir a los demás.)

No; tú no te vas. ¡Tú me escuchas! aunque no quieras!

MINU.- ¡Señor Anastasio! Que soy el encargao del vaso del agua y del azucarillo.

ANAS.- (Saliendo de la celda con el gorrillo en la mano.)

Pues que se chupen un dedo, que es más digestivo. ¿Tú has visto, Minuto? ¿Tú crees que me merezco ese trato?

MINU.- ¡Hombre! Francamente, me parece que ha habido su miaja de exageración.

ANAS.- Pero, ¿puedes tú creer ni un solo instante siquiera, que sea yo un asesino de siete viejas? ¡Yo, que no he matao ni una mosca en mi vida!

MINU.- Aquí se ha producido una equivocación.

ANAS.- Aquí lo que pada es que Don José se ha querido dar postín de tener un preso de

primera categoría...

MINU.- Eso será.

ANAS.- ...Cuando habíamos quedao en que yo no era más que un recluso pa andar por casa. Y esto, no, ¡No! ¿Te enteras? Si quiere un preso de postín, que lo busque; pero a mí, que no me meta en líos. Tú podrás creer que yo me he quedao con unos duros, -que ya te contaré yo un cuento sobre ésto;- pero que soy estafador y que soy criminal, ni tú puedes sospecharlo, ni esos señores respetables decirlo. Y ahora mismo voy yo a interrumpir la sesión y a poner las cosas en claro.

MINU.- (Pasando a la derecha)

Usted no se mueve de aquí, o me busca la ruina.

ANAS.- Pues oye lo que te digo, Minuto. O este señor me desagravia ante tos, y proclama mi inocencia, ¡o yo no paro hasta meter en la cárcel al Director! Ya puedes ir a lo del azucarillo.

BOTO.- (Que sale corriendo por la izquierda.)

¡Tio Minuto! ¡Tio Minuto! Que traen a

otro preso.

MINU.-

¿Qué?

BOTO.-

Que la Guardia Civil ha cogido en la carretera al Sacamantecas y lo ha traído aquí pa que lo encierren.

ANAS.-

¿Al Sacamantecas? Ese es el bandido famoso de esos montes.

MINU.-

¿Y qué?

BOTO.-

Que abra usted esa celda enseguida,

(Por la de la izquierda)

porque los guardianes lo quieren meter aquí... si pueden.

MINU.-

¿Cómo que si pueden?

BOTO.-

Porque el Sacamantecas tié más fuerza que ellos y los echa a rodar por el suelo.

ANAS.-

Aquí no traigas a ese malhechor. Llévalo a otra celda.

MINU.-

¿Tié usted miedo?

ANAS.-

Pues claro, hombre, ¡pues claro! Estas son las complicaciones que yo preveía. ¡A quien le agrada una vecindad así!

MINU.-

El caso es que la llave... tengo que ir a buscarla.

BOTO.-

(Mirando hacia el foro izquierda.)

¡Pues ya lo traen por ahí!

ANAS.- ¡No me dejes solo con él!

MINU.- Si enseguida vuelvo. Enciérrese usted y en paz.

ANAS.- Minuto; que este si que es un criminal de veras. ¡No me dejes solo!

MINU.- ¡Ya estoy de vuelta!

(Se va por el foro derecha)

BOTO.- ¡Anda! ¡Vaya morrón que ha pegao a uno! Póngase usted a salvo, señor Anastasio, que si hace falta aquí me quedo yo pa ayudar a esos.

ANAS.- (Metiéndose de nuevo en su celda y cerrando.

Gracias, chico; Confieso que ya no tengo edad pa esos sustos.

SAC AMANTECAS.- (Dentro)

¡Maldito sea el arroz con leche! ¡Malditas sean las ciruelas claudias!

(Sale por el foro derecha, sujetado por dos celadores. Otros dos le empujan; uno de ellos trae un ojo amoratado. Es el "Sacamantecas" el perfecto tipo terrible del bandido; por su voz, por su barba, por sus ojos se comprende que sea el terror de la comarca donde opera.

Anas.-

(Por el ventanal)

Padre nuestro que estás en los cielos...

SACAM.-

Quisiera yo saber quién es el guapo que me ha denunciao. ¡Quisiera yo saber quién es el arrastrao que me descubrió dormido en la carretera! ¡¡Maldito sea el arroz con leche!! ¡¡Malditas sean las judías estofadas!!

ANAS.-

(En lo suyo)

Dios te salve Maria, llena eres de gracia...

SACAM.-

(A los guardianes)

De aquí no paso, ¿os enteráis? Sóis unos sinvergüenzas, ¡unos cobardes! Porque estoy desarmao y con las manos atadas... ¡Por eso, me empujáis! que si no... ¡me comía yo los hígados de los cuatro! ¡A ver! Soltadme y que salga un hombre. ¡Un hombre! ¿Es que no hay un hombre en esta cárcel?

BOTO.-

(Encarándose con iél)

Aquí hay uno. ¿Decía usted?...

SACAM.-

(Después de lanzar una sonora carcajada.)

¿Y no os dá vergüenza, gandules? ¿No

os dá vergüenza que sea una criatura el único hombre templao de la casa? Chócala, mocete. Tú llegarás a ser algo. Si alguna vez necesitas de mí, ya sabes donde tienes un amigo.

(Dando un salto que hace brincar a su vez a los celadores.)

Pero, ¡maldito sea el requesón! ¿Es que yo soy tan poca cosa, que no se me encierra enseguida?

BOTO.- Han ido a buscar la llave.

SACAM.- ¿Es que no saben que puedo escaparme en cuánto quiera?

(Adelanta hasta la derecha hasta enfrentarse con el ventanal donde el señor Anastasio seguía rezando.)

¡Hombre! ¡Menos mal que encuentro a uno de los míos!

(A los guardianes)

Estas cosas se avisan, esmirriaos.

ANAST.- (Para sí)

Padre nuestro que estás en los cielos...

SACAM.- ¡Hola, compañero!

ANAS.- (Con la mejor de sus sonrisas)

Hola, cofrade.

SACAM.- Tu serás también del oficio...

ANAS.- ¡Digo! ¡Toda la vida!

(Vuelve Minuto, que se une
a los guardianes.)

SACA.- ¿Trabajas solo, o en cuadrilla?

ANAS.- En cuadrilla. Cuando trabajo, siempre,
siempre, en cuadrilla...

SACAM.- Será en la del Pinchauvas, o en la del
Pinchapeces.

ANAS.- En las dos! Me dán lo mismo cualquiera
de esos pinchas.

SACAM.- (A los guardianes)

Aquí tenéis un hombre digno; un hombre
con el que se puede alternar.

(El Botones se acerca curioso
y queda entre Anastasio y el
bandido.)

No es, desde luego, lo que yo...

ANAS.- Bueno, es que tú...

SACAM.- (Riendo y dándose importan-
cia.)

¡Jé, jé!

ANAS.- Tú eres el espanto de las dehesas y el
terror de los caseríos.

SACAM.- (Como antes)

¡Je, jé!

ANAS.- El as de los atracos...

SACAM.- ¡Je, jé!

ANAS.- ¡El rey de los homicidios!

SACAM.- (Plenamente satisfecho)

¡Casi nada! Veintidos muertes en un día.

BOTO.- ¿Cómo?

SACAM.- Dieciocho seguras y cuatro probables.
¿Y tú? También tendrás las tuyas, ¿no?

ANAS.- No; yo soy mucho mas modesto. Siete nada más; siete pobrecitas viejas.

SACAM.- Entonces estás en el Bachillerato. Te falta casi todo el aprendizaje. ¿Cómo te llamas?

ANAST.- Anastasio. (El Botones se retira de ellos con gesto de desprecio.)

SACAM.- Digo tu nombre de guerra. ¿Sabe nadie que me llamo Paco? Y, en cambio, preguntale a cualquiera por el Sacamantecas.

ANAS.- ¡Ni hablar! Pues mi nombre de guerra... es de mucha guerra. ¡El Encrucijao!
¿No te suena?

SACAM.- Es la primera vez que lo oigo.

ANAS.- ¡Toma! ¡Y yo! Y yo soy el primero en comprenderlo. Pero cuando salgamos de aquí, ya verás. ¿Tú crees que saldre-

mos?

SACAM.- Pero, hombre, no seas panoli: en cuanto yo quiera. Estas cárceles modernas no sirven para nada. Yo deshago los barrotes como si fueran tiras de papel. Ya vendré luego a buscarte para que te escapes conmigo.

ANAS.- No; por mí no te molestes. Yo ya tengo mi plan.

SACAM.- ¡Aquéllos presidios antiguos! ¡Allí sí que dá gusto! ¡Tan recios! ¡Tan de verdad! Allí tienes que jugarte la vida para evadirte. ¡Como se la juegan los hombres!

ANAS.- ¡Pero son tan sombríos!...

SACAM.- ¡Y qué más dá! ¡Así sacas más ánimos y te escapas antes. No como en estas construcciones de confitería, que parecen cárceles de señoritas. ¡A mí me ponen negro estas pamplinas!

BOTO.- (Interviniendo)

¡Señor Sacamantecas!

SACAM.- ¿Qué hay, hombre?

BOTO.- Que ya ha llegao la hora de que le encierren y ninguno de estos se atreve a decirselo.

(En efecto, Minuto, durante
la conversación anterior,
ha abierto la celda número 22.

SACAM.-

(Dando un respingo, como antes)

¡Maldito sea el arroz con leche! ¡Malditas sean las berengenas fritas! ¿Y quién es el guapo que me encierra ahora, vamos a ver?

MINU.-

Yo le voy a llevar a la celda que le han destinao, pero por las buenas, ¿eh? por las buenas.

SACAM.-

Por las buenas, me parece que no.

MINU.-

Es que el fundador de esta cárcel -nuestro fundador- dice que se trate a los presos con cariño.

SACAM.-

Pues díselo a esos sinvergüenzas que me han traído a puñetazos.

MINU.-

Es que tú te resistías a mordiscos.

SACAM.-

¡Lo que me ha ordenao mi fundador!

(A Anastasio)

Tú, ¿cómo entraste?: ¿a la fuerza o por tu voluntad?

ANAS.-

¿Yo? Porque me dió la gana. Por hacerle un favor...

(Rectificándose)

Por hacerle un favor a ese pobre,

(Por Minuto)

que no tié la culpa de nada.

SACAM.- ¡Ah! Si es así... A mi, a bandido generoso no me gana nadie.

(A Minuto)

¿Dónde hay que entrar?

MINUT.- (Señalando a la celda 22 que es la de la izquierda.

¡Ahí; en esa celda. Le gustará.

SACAM.- ¿Hay jergón?

MINUT.- Colchón de lana, ¡y sin estrenar!

SACAM.- Eso ya me molesta; pero me aguantaré.

(A los celadores)

¿Vamos, lechuzos? Haced como que me empujáis, pa no quedar mal.

(Los celadores avanzan recelosos.

Lo mismo que antes. ¿Ya no os acordáis? Dos a los lados y dos detrás.

(A Minuto)

Me parece que no tendrá usted queja.

MINUT.- No, señor; muy agradecido.

SACAM.- (A Anastasio)

Hasta después, colega.

ANAS.- Hasta la vista, maestro.

(Sacamantecas sonríe satisfecho, y se dirige, rodeado de los guardianes a la celda de la izquierda.)

SACAM.- ¡Vamos, allá! ¡Qué bien lo hacéis, pelanas! ¡Así se ganan los buenos jornales!

(Deteniéndose ante la celda)

¡Contra! ¡Qué oscuro está esto!

MINU.- Si quiere, le abro yo la ventana.

SACAM.- No. Ya me iré acostumbrando. ¿Ande está el jergón?

MINU.- A la derecha.

SACAM.- Pues... a cerrar... y ¡buenas noches!

MINU.- Que usted descanse.

SACAM.- ¡Así reventéis tós a un tiempo!

(Se cierra la puerta y Minuto echa la llave.)

ANAS.- ¡Lo mismo digo, so bandolero!

MINU.- ¡Así! Pa que no se escape.

(Volviéndose a Anastasio)

¿Usted ha visto ná más bestia? Menos mal que, con nosotros, no ha podido.

(Los celadores se repliegan hacia el foro.)

ANAS.- ¡Estoy admirao!

(El Botones arrima el oído a la celda, 22.)

¡Mira que si no te echo una mano!...

D.JOSE.-

(Entrando, gozoso, por la
derecha.

¡Día completo! ¡Día completo! Un éxito personal y una detención resonantes Felicitame, Minuto. Felicitame, Tasio.

ANAS.-

(Digno)

¡Vamos! A mí ni te me acerques siquiera..

D.JOSE.- ¿Y eso? ¿Te he faltado en algo?

ANAS.-

Pero, ¿te parece poca faena la que me has hecho?

D.JOSE.-

No le des importancia, hombre. ¡Si te lo tengo dicho! Hacía falta un preso de campanillas. Pero ya no te preocupes; ¡mañana mismo te rehabilito y te indemnizo! Ya lo sabes, Minuto; el señor Anastasio no cometió delito ninguno: fué un error que tuvimos todos.

MINU.-

Ya decía yo.

D.JOSE.-

Ya se puede ir cuando quiera. Ya no nos hace falta, porque ya tenemos aquí, -como acabo yo de decir en mi discurso, emocionado por la detención del Sacamantecas; ya tenemos aquí a lo más grande de la criminalidad delincuente a la figura más ilustre del bandi-

daje regional, a la personalidad digna de esta maravillosa Fundación Rodríguez que se hará famosa.

(Suenan, dentro, hacia la izquierda, un ruido de cristales que se rompen.

:...¿Ha pasado algo?

ANAS.- Nada. Unos cristalillos. Sigue...

D.JOSE.- ... que se hará famosa por haber dado comfortable reclusión al desgraciado que llora...

(Dentro, un estrépito, mucho mayor que antes.

Al desgraciado que llora...

(Sigue el estropicio)

Pero, ¿qué es eso?

BOTO.-

(Que no se había separado de la puerta de la celda 22.

El desgraciado que llora, que se ha liao a golpe con tós los muebles.

D.JOSE.- Pero eso no puede ser. Hay que reconvenirle. Cumple el Reglamento, Minuto.

MINU.-

(Tocando el timbre de la celda, que se oye perfectamente, y dando golpes en la puerta.

¡Eh! ¡Señor Sacamantecas! ¿Qué le pasa a usted?

(Suena dentro otro estrépito.)

D. JOSE.- Se ha vuelto loco.

ANAST.- No, hombre. Es que ese es un tío bruto de verdad. ¡Toma criminales!

MINU.- ¡Señor Sacamantecas! ¿Quiere contestar?

SACAM.- (Abriendo de repente el ventanal de su puerta.)

Pero ¿qué burla intolerable es ésta?

Pero, ¿qué porquería de celda se me ha dao?

MINU.- ¡Hombre! Una de las mejores.

SACAM.- Pero, ¡maldito sea el queso de bola! ¿puedo yo consentir que, en mis barbas, se juegue con una cosa tan seria?

D. JOSE.- (Interviniendo)

Para que tenga usted comodidades...

SACAM.- Pero, ¡si yo no debo tener comodidades! Si yo me las tomo cuando quiero. ¿Cuándo se ha visto en la celda de una cárcel un baño, ni un lavabo, ni un espejo...? ¡Que no, hombre, que no! Ya pueden recoger los pedazos.

MINU.- ¿Los ha hecho usted añicos?

SACAM.- ¡Migas! ¡Conmigo no se divierte nadie, ¿se enteran? De modo que, o me dan una celda decente, io no deajo títere con ca-

beza!

D.JOSE.- ¿Y qué hacemos?

(A Anastasio)

ANAST.- A mí se me ocurre que le des una de esa de los sótanos.

DON JOSE.- Bueno. (A Sacamantecas)

Le trasladaremos a una celda de castigo.

SACAM.- ¡Eso! Algo apropiao, digo yo.

D.JOSE.- Como si fuera un calabozo.

SACAM.- ¡Eso! Ya me pueden llevar cuando quieran.

D.JOSE.- Ya lo oyes, Minuto.

MINU.- Pero habrá muchas ratas.

SACAM.- Mejor. ¿Me abren ustedes, o no?

D.JOSE.- Al número siete.

MINU.- (Abriendo)

¡Que vengan tós conmigo!

D.JOSE.- Y yo, con todos.

SACAM.- (Rodeado, como antes, de los
(carceleros.

¡Y que aprenda ese!

(Por Anastasio)

a ser un hombre que se sabe hacer respetar! ¡Maldito sea el arroz con leche! ¡Malditos sean los calamares en su tinta! ¡Malditas sean las perdices en es-

cabeche! (Hacen mutis todos por el
 (foro derecha, cerrando la
 (marcha Don José.
 (El Botones, que ha entornado
 (la puerta de la celda 22, y
 (el señor Anastasio, que se
 (ha salido, con curiosidad,
 (de la suya, para ver como
 (desaparece la comitiva, coin-
 (ciden en el centro de la es-
 (cena. Entonces, el Botones,
 (se encara con el señor Anas-
 (tasio.

BOTO.- Aquí tiene usted su puro.

ANAS.- Puedes fumártelo. Ya te dije que te
 quedaras con él.

BOTO.- Tómelo usted, porque yo no quiero nada
 suyo. (Se lo entrega)

ANAS.- (Perplejo)

¿Qué dices, chico?

BOTO.- Que yo creí de usted otra cosa y tam-
 bién me ha resultao un criminal.

ANAS.- ¿Yo?

BOTO.- No me lo niegue, no. Usted mismo se lo
 ha dicho al Sacamantecas. ¡Delante de
 mí!

ANAS.- Pero, ¿te lo has creído?

BOTO.- ¡A ver qué vida!... ¡La cara que va a
 poner el Nicanor cuando lo sepa!

ANAS.- ¡No! El Nicanor, no.

(Poniendo una rodilla en tierra para hablar mejor con el chico.)

Tú no puedes creer que sea yo un malvao. Ya lo verás mañana. Mirame a los ojos y dime si ellos te dicen la verdad...

BOTO.- Está usted llorando.

ANAS.- Porque has nombrao a mi hijo, ¡y ante él se han acabao todas las comedias! No le dirás nada. Porque el Nicanor me respeta y me quiere, como yo le he enseñao, y sufrirá mucho, ¡mucho!...

BOTO.-

(Echando un brazo a su cuello en señal de amistosa protección)

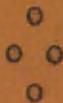
¡Deme usted su puro, señor Anastasio!

(TELON)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

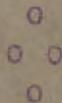
" FUNDACION RODRIGUEZ "

ACTO SEGUNDO.



" FUNDACION RODRIGUEZ "

ACTO SEGUNDO.



CARLOS MARCOS FERNANDEZ-SHAW

"FUNDACION RODRIGUEZ"

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero. Si en el fondo se ve forillo de campo, ha de observarse menos luz, lo mismo que en los primeros términos de la escena. Es día de lluvia, y la claridad, por tanto, ha de ser menos viva, sin que, ni por un momento, se dé sensación de tristeza, ni siquiera de melancolía. La mesa de madera se halla ahora en el centro, del cruce de galerías. A su alrededor se agrupan, sentados unos en sillas altas, otros de rodillas en sillas bajas y los demás, de pié, siete reclusos, de diferentes tipos y edades. Todos ellos visten pijamas de varios colores, con sus correspondientes gorros de la misma clase que el que se puso el señor Anastasio en el acto anterior. Están jugando al tute y muy pendientes de los lances del juego. A la derecha y sentados en sillas bajas, ante una mesita, dos reclusos más, jugando al dominó. Un décimo preso, en la mecedora. Estos tres últimos vestidos también con pijamas.

RECLUSO 1º.- (Que es un chico joven de sig-
(pático aspecto.

¡Veinte en oros!

RECLU 2º.- ¡Vaya suerte!

RECLU 1º.- ¡Y arrastro!!

RECLU 3º.- El arrastrao eres tú. Me has chafao las
cuarenta.

RECLU 2º.- No tengo. Pa mí.

(Dobla la baza y echa nueva car-
(ta.

¡A ver quien le corta a ese la cabeza!

RECLU 4º.- Como ese. (Siguen jugando)

RECLU 8º.- (En el dominó)

¿Pero, qué clase de paliza me estáis
dando hoy?

RECLU 9º.- Las fichas. Son las fichas. ¡Si yo no
he jugao en la vida!

RECLU 8º.- Pues pareces talmente un campeón.

RECLU 1º.- (Llamando)

¡Botones! ¿Dónde está el Botones?

BOTONES.- (Por la izquierda)

¿Llamaba usted?

RECLU 1º.- Un vaso de agua con limón.

RECLU 3º.- Yo, naranjada.

BOTONES.- ¡Al momento!

RECLUSO 10º.- (Que es el que está en la me-

(cedora y leía un periódico.

Oye. (Al Botones)

¿Pués traerme otro papel, pa alternar?

BOTON.- ¿Lo quiere usted diario o semanario?

RECLU 10.- A mí el que tenga más estampas, porque lo leo mejor.

BOTONES.- Vuelvo enseguida!

(Se va por donde llegó)

RECLU 8º.- ¡Ya no juego más! Me has ganao tó lo que tenía y el anillo de boda.

RECLU 9º.- Es que yo soy un caballero, y te devuelvo el anillo.

(Así lo hace)

RECLU 8º.- ¡Hombre! Se agradece, ¡porque es un recuerdo de familia, y con las cosas familiares no se debe de jugar.

RECLU 9º.- Pero tú, ¿dónde te crees que estamos?
¡Semos o no semos!

RECLU 1º.- (En el tute)

¡Va la última, señores! ¡La del desempate!

RECLU 2º.- Que se quiten los mirones.

RECLU 8º.- Ahora que venía yo a fisgar?

(Se ha acercado, en efecto,
(a la mesa grande.

RECLU 3º.- Es que no vale hacer señas.

RECLU 1º.- Lo que pasa es que hay muchos tramposos.

RECLU 4º.- ¿Quién dice eso?

RECLU 1º.- ¡Yo! ¿Qué pasa?

RECLU 4º.- (Al 1º)

¡El tramposo eres tú!

(Voces de protesta en varios)

¡Sí, señores! Que hace trampas.

RECLU 1º.- (De pié)

¡Sinvergüenza!

(Otras voces)

¡Granuja!

MINUTO.- (Apareciendo por la derecha)

Pero, ¿qué gritos son esos?

RECLU 4º.- Es el Colás, que insulta.

RECLU 1º.- Porque es un tramposo.

(Nuevas voces)

MINUTO.- ¡A callar tó el mundo! ¿O no hay respeto pa mis canas? ¿Es que os habéis creído que estáis en la taberna?

RECLU 4º.-Yo no tengo la culpa.

MINUTO.- ¡Digo que a callar! Bueno que hoy, por la lluvia y el frío no hayáis tenido el paseo en el jardín y hayáis disfrutao del recreo en el interior, lo

mismo que han hecho los de las otras galerías; pero, de eso a alborotar como en un mercao hay mucha diferencia. Ya estais dejando las cartas, pa hacer cosas más instructivas.

RECLU 10.- (En su mecedora)

Yo estoy esperando que me renueven la lectura.

RECLU. 1º.- Yo, en nombre de varios compañeros, tengo que elevar una protesta.

MINUTO.- Eso, al jefe.

RECLU 1º.- Pues que venga el jefe, y si no el Director.

MINUTO.- El señor Director no puede venir, porque ha ido a la capital con el Alcalde y el Médico. ¿Es de mucha urgencia tu protesta?

RECLU 1º.- Es una serie de reclamaciones, pa que se cumpla como es debido el régimen de este establecimiento.

VARIOS RECLUSOS.- ¡Eso! ¡Eso! Que se cumpla.

RECLU 2º.- Tenemos derecho.

RECLU 4º.- Tié razón el Colás.

MINUTO.- Ahora ya le dás la razón.

RECLU 4º.- Porque se hace intérprete de nuestros derechos.

MINUTO.- Pues eso, ya os lo he dicho. Al jefe.
Yo no soy nadie.

RECLU 1º.- ¿Al jefe de celadores? ¿Es cargo nuevo?

MINUTO.- Es un cargo creao pa premiar méritos personales.

BOTONES.- (Por la izquierda)

¡Los refrescos!

(Trae en una bandeja, servidos,
(varios vasos con agua de limón y de naranja.

Si desean más, luego les traeré.

(Al Recluso 10)

Tós los periódicos ilustraos están ahora cogidos. No queda uno en la Biblioteca.

RECLU 10.- (Siempre en la mecedora)

Es igual. ¿No hay ningún libro con pinturas?

BOTONES.- "Alí Babá o los cuarenta ladrones".

RECLU 10.- No, esa ^{no} que parece una alusión.

BOTONES.- "La Princesita Blanca Nieves".

RECLU 10.- ¡Esa!

MINUTO.- Y trae algunos libros más pa estos alfabetos.

BOTONES.- ¿Usté quiere también?

MINUTO.- ¡Contra! Yo, no; que ya aprendí a leer. (Mirando hacia la derecha)
 ¿Quién decía que quería hablar con mi jefe? ¿No eras tú, Colás?.

(Mutis del Botones)

RECLU 1º.- (Que estaba bebiendo con deleite su limonada.

Yo era. Pa protestar contra la vida que llevamos.

MINUTO.- Pues aquí tiés la ocasión.

(Hablando hacia la derecha)

¡Señor Anastasio! ¿Quiere usted venir? Estos, que le reclaman.

(Sale el señor Anastasio, que viste uniforme, parecido al de Minuto, pero con galones plateados en las bocamangas y en la gorra.

ANASTA.- ¿Se puede saber qué quiere la delincuencia?

MINUTO.- El Colás, en nombre de la galería, solicita algunas aclaraciones y formula varias protestas.

ANASTA.- ¿Protestas? ¿De qué protestas tú, so vago?

RECLU 1º.- ¡Anda! Pero, ¿es usté el jefe de celadores? ¿El padre de la Teresa?

ANASTA.- Claro que sí. Y tú el hijo del Agapito, que en paz descansa. Te hacía muy lejos del pueblo, barbián.

RECLU 1º.- Sí que lo estaba; pero me hablaron de ésto, y como yo llevaba por ahí una vida muy perra, llena de trabajos, me dije:-"Vamos a sentar la cabeza, Colás, y anda a reponerte a Valdefresnos".

ANASTA.- Pues, ¡milagro que encontraste sitio en la Fundación! Desde que yo la dejé, va pa quince días, hasta hoy, no es esto conocido. ¡Vaya un llenazo!

RECLU 1º.- Es que yo cometí mi delito en el mismo Valdefresnos; y, como soy hijo del pueblo, tenía derecho de preferencia.

ANASTA.- Pero, ¿qué preferencia, si tós los del pueblo pensáis lo mismo?

RECLU 4º.- Pues esa es la protesta. Que luego resulta que ésto no es lo que se ha dicho.

ANASTA.- ¿Tú oyes, Minuto? ¿Es que en estas dos semanas que yo falto se ha dejao de cumplir el reglamento?

MINUTO.- No, señor. Es que son unos desigentes. Y se vienen ya con unas pretensiones

que, si Don Aquilino levanta la cabeza, se muere otra vez de indignación.

ANASTA.- Pues, ¿qué pasa? Vosotros me váis diciendo las reclamaciones y yo las apunto pa trasladarlas después a la Superioridad.

RECLU 1º.-Conformes.

ANASTA.- Pues ya puedes empezar.

(Saca un cuadernito en el que
((tomanotas.

RECLU 1º.- ¿No dice el Reglamento que cada celda es ^{pa} un preso?

ANASTA.- Así dice. ¿No es verdad, Minuto?

MINUTO.- Exacto.

RECLU 1º.- Entonces, ¿por qué estamos dos?

RECLU 2º.- ¡Eso!

OTROS RECLUSOS.- ¡Eso mismo!

ANASTA.- Pues, hombre, salta a la vista. Porque ha habido tal entradón, que no cabéis en reclusión normal.

MINUTO.- (Como antes)

Exacto.

ANASTA.- Y una de dos: o sos aguantáis hasta que se construyan unos pabellones suplementarios, o sos váis la mitad a cumplir condena a Valdefresquillas.

RECLU 4º.- De eso, ¡ni hablar!

ANASTA.- Sos aguantáis entonces.

(Al Recluso 1º)

Sigue.

RECLUSO 1º.- Pasamos a las quejas de la alimentación. Aquí están las de la última semana. (Sacando un papelito)

Lunes: el chocolate del desayuno, quemao.

ANASTA.- (Apuntando)

Quemao.

RECLU 1º.- Martes...

ANASTA.- Ni te cases ni te embarques ni te metas en la cárcel.

RECLU 1º.- ¡Sí! ¡Tómelo usted a chifla! Martes, nos faltó el Rioja al mediodía. Y pa peleón, bien estoy en mi casa.

VARIOS RECLUSOS.- ¡Eso!

RECLU 1º.- Miércoles y jueves no nos dejaron repetir de nada. ¡Con lo estupendos que estaban tós los platos!

RECLU 4º.- Y el Reglamento autoriza las repeticiones.

ANASTA.- Sois unos desgraciaos.

(Apunta)

Con lo estupendos que estaban tós los platos.

RECLU 1º.-Viernes, se pasó el arroz.

ANASTA.- ¡Vaya por Dios! Lo dejarías.

RECLU 1º.-Tanto como dejarlo, no; pero no era como el de hoy, por ejemplo.

MINUTO.- Bueno, es que hoy era pa ella.

ANASTA.- ¿Y qué quieres?

RECLU 1º.- Que siempre que haya arroz, paella.

RECLU 4º.- ¡Muy bien!

RECLU 1º.- Sábado...

ANASTA.- Sin sol.

RECLU 1º.- No señor; ¡sin sal! Toda la comida, sosa. Los huevos, las carnes, el pescao...

ANASTA.- No me explico cómo lo aguantáis. ¿Y el domingo?

RECLU 1º.- El domingo, yo no sé qué habrán pensao los demás; pero a mí se me dijo que el primer día hubo licor y puro, y yo entendí que eso iba a pasar tós los festivos...

RECLU 4º.- ¡Y yo!...

RECLU 2º.- ¡Y yo!...

RECLU 1º.- Y a mí me parece que es hora de que se aclaren ciertos puntos oscuros, por-

que, francamente, no era esto lo tratao.

ANAST.- ¿Lo tratao, por quien?

RECLU 1º.- ¡Hombre! Al decir lo tratao, quiero decir lo dispuesto por el hijo ilustre de este pueblo, que tanto quería a sus hermanos descarriaos, ¿no es eso?

ANASTA.- Eso es, Colás. Y ya he apuntao todas las quejas que, seguramente se atenderán.

RECLU 1º.- Es que tié muy poca gracia, -y se lo digo a usted en la intimidad de nosotros diez-, que después del sacrificio que pa cada uno de nosotros ha representao el hecho de dejar de ser personas decentes, no encontremos luego aquí todo el confort que nos prometíamos.

ANASTA.- En eso te doy la razón. Porque no es lo peor la mala fama que tú tengas ya, y la de ese y la de aquel, sino la pésima reputación que se está haciendo al pueblecito.

MINUTO.- Los de Valdefresquillas están encantaos.
Dicen que ya los hay peores.

RECLU 1º.- Pues dígame si no necesitamos todos una compensación contra esa infamia.

SACAMANTECAS.- (Dentro) por el foro derecha)

¿Dan ustés su permiso?

ANASTA.- ¿Quién pregunta?

RECLU 1º.- Es el recadero de las galerías de abajo. Como es así, tan alicortao...

ANASTA.- Que pase cuando quiera.

RECLU 1º.- (Hacia dentro)

Pasa, hombre; pasa. No te dé fatiga.

SACAMAN.- (Entrando)

Perdonen ustés si interrumpí la tertulia.

(Sacamantecas es otro hombre.

(Se ha transformado al parecer

(en un manso cordero. El "pija-

(ma" color de rosa pálido, que

(el señor Anastasio desdeñó en

(el primer acto, lo lleva ahora

(él con todo esmero. La barba

(recortada y rizada, lo mismo

(que el bigote, ensortijado,

(parecen de modelo de peluque-

(ría. Cuando se quita el gorro,

(su cabellera ondulada es el

(complemento de la barba.

Buenas tardes a todos.

VARIAS VOCES.- Buenas tardes.

ANASTA.- (Para sí)

Yo conozco a este tío.

(A Minuto)

¿Quien es éste, tú?

MINUTO.- El Sacamantecas. ¿No se acuerda usted?

ANASTA.- Pero, ¿cómo me voy a acordar si me lo dejé de rey de bastos? y me lo encuentro de sota de oros?

SACAMAN.- Pues... yo venía...

(A Anastasio, al que aún no había visto.

Pero, ¡benditos sean los caracoles fritos!, si usted es mi primer amigo de la casa. ¡Lo que ha progresao desde que no nos vemos!

ANASTA.- Pa cambiazo el tuyo, perillán.

SACAMAN.- Es que por algo soy el decano. Como usted se marchó, disfruto de las ventajas de la antigüedad.

ANASTA.- No me marché porque se probó mi inocencia. Y, pa compensarme del error, me han dao este cargo.

SACAMAN.- A mí, el de recadero. ¡Uy! ¡Estoy encantao! Pregunte usted a tó el que quiera y verá cómo le hablan de mí.

ANASTA.- ¿Se te pasó toda aquella ferocidad del primer día?

SACAMAN.- ¿Usted no ha oído decir que la música amansa las fieras? Pues la buena alimentación, las esclaviza.

ANASTA.- W la fiera eras tú.

SACAMAN.- Y el esclavo soy yo. A mí me mandan hacer los recaos más difíciles y yo ruedo pa dar satisfacción .Yo soy un regenerao. El trato ejemplar de esta casa ha convertido en un hombre de bien a un criminal de las peores instintos y pasiones.

ANASTA.- ¡Era mucho hombre don Aquilino!

SACAMAN.- (Al Recluso 1º)

¿Han dao ya por aquí la merienda?

RECLUSO.- Entoavía, no.

SACAM.- (A Anastasio)

Pues, como iba diciendo: Yo no puedo negar mi pasado; pero estoy arrepentido. Y creo que el arrepentimiento será suficiente pa que me dejen pudrirme ya en esta cárcel toda la vida.

ANASTA.- ¿Y tú eras tan bandido como propalabas?

SACAM.- ¡Hombre! Le diré a usted. Siempre exagera uno un poco pa darse importancia y pa hacerse respetar. ¡Pero benditos sean los hojaldres finos con baño de almíbar! En buena hora me acerqué a Valdefresnos pa entrar por el buen camino.

ANASTA.- ¿Sigues en la celda de abajo?

SACAM.- Sí, señor. Pero la he arreglado mucho. Casi se puede comparar con cualquiera de éstas; con la que era de usted, o con esa otra, que este le dirá,

(Por el Recluso 1º)

lo maja que ha quedao otra vez. A eso venía...

RECLU 1º.- ¿Qué quieres de casa?

SACAM.- Que si quieres prestar la Radio al Eustaquio y al Lucas que tién la suya descompuesta:

MINUTO.- (Interviniendo)

¿Qué les ha pasao?

SACAM.- No. Nada. Que tuvieron una discusión de carácter científico, y pa ilustrar el Lucas al Eustaquio, sobre los secretos de las ondas manéticas, desarmaron el aparato y ahora, lo de siempre: que les sobran piezas.

MINUTO.- Pues yo no autorizo a que te lleves la del veintidós, porque esa Radio tié las piezas justas y no sirve pa esas discusiones.

ANASTA.- ¡Bien hablao!

SACAMAN.- Lo que ustés manden. Pero yo les hago

ver la necesidad con que los amigos de abajo piden el sonoro. Están empeñaos ahora en otra discusión, de carácter deportivo, y se han enterao de que esta tarde radian el partido amistoso del "Fenicia Recreativo Foot Ball Club" con el "Neptuno Balompié". Y ustés calculen la espectación.

MINUTO.- Si es así...

RECLU 1º.- Yo, si me autorizan, te deajo el cacharro. Pero ha de ser pa que luego me lo devuelvas tú mismo intacto; que en la retransmisión de esta noche dan la "fuga" de Bach, y esta es la única cárcel en que se puede oír la "fuga" impunemente:

SACAMAN.- ¿Puedo cogerla? (A Anastasio)

ANASTA.- Pa devolverla esta misma tarde, ¿eh?

SACAMAN.- Eso corre de mi cuenta.

MINUTO.- Entonces, ¿tú respondes?

SACAMAN.- (Con dignidad)

¡Palabra de honor!

(Entra en la celda del núm.22)

ANASTA.- Y ahora, cada mochuelo a su olivo, porque se ha acabao la diversión y ya veo

que sos traen la merienda y eso ha de hacerse como está mandao, aislada y celularmente.

RECLU 1º.- Pa luego es tarde. ¡La merienda a la vista, pollos!

(Movimiento de espectación
(en los reclusos, que miran
(hacia la izquierda.

RECLU 4º.- ¿Qué tocará hoy?

RECLU 3º.- ¿Será butifarra?

RECLU 1º.- ¡Vamos! Tú no piensas más que en la butifarra.

RECLU 2º.- ¿Serán manzanas asadas?

RECLU 4º.- ¿Quiés callar? Yo, la fruta, pa el gato

RECLU 1º.- ¡Dejar que pasen!

(Entran por la izquierda el
(BOTONES, CUATRO CHICOS más
(-de su misma edad-, vestidos
(también de "botones", traen
(cada uno en la mano izquier-
(da un elegante cestillo rebo-
(sante de bollos y en la dere-
(cha una bandeja con dos tazas
(grandes de chocolate y dos va-
(sos de agua con azucarillo,
(servilletas, etc.

¡Olé mis niños!

RECLU 4º.- Oye, chaval, que estoy aquí.

RECLU 10.- (Levantándose ahora de la me-
(cedora.

Habrá que hacer algo por la vida.

REC. 1º.- ¡Chocolate con bollos! No está del todo mal...

REC. 10.- ¿Se puede pedir café?

BOTONES.- Dicen en la cocina que no se admiten devoluciones.

ANASTA.- Ya lo oís.

REC. 1º.- A resignarse tocan, ¿no os parece?

(Al Recluso 2º)

¿Vamos, Caralancha?

REC. 2º.- A mí es que el chocolate me irrita.

REC. 1º.- Pues que te traigan bicarbonato.



~~CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW~~

(Hacen mutis: El Recluso 1º y el 2º, con el Botones, por la celda 22; el 3º y el 4º, con el Chico 1º por la celda 23; el 5º y el 6º, con el chico 2º, por la primera de la derecha de la galería perpendicular; el 7º y el 8º, con el chico 3º, por la primera a la izquierda, y el 9º y el 10º, con el chico 4º, por el foro izda.. Todos (los presos se llevan sus respectivas sillas.

ANASTA.- ¿Tú has visto, Minuto? ¿Tú has visto qué hambrones?

MINUT.- Es que desprendimientos como el de usted, no se dán ya en el mundo.

ANASTA.- "¡Vivir para ver!", que dijo el ciego de Buenavista.

SACAM.- (Que sale de la celda 22 con una radio pequeña bajo un brazo, y con un bollo mojado en chocolate, en la otra mano.

¿Ustés gustan?

ANASTA.- Que aproveche, hombre.

SACAMAN.- Voy escapao; no falte yo en mi galería al reparto.

MINUT.- ¿Está bueno, eh?

SACAM.- Superior. ¡Benditos sean el cacao, la azúcar, y hasta el cacahuet retostadito! (Se va corriendo por el foro derecha.

ANASTA.- Jamás creí, Minuto, que un hombre pudiera volverse tan del revés, como los calcetines.

MINUTO.- No haga usted caso. A mí me sigue pareciendo el Sacamantecas tan sinvergüenza como el primer día, lo que pasa es que ahora le trae más cuenta ser una oveja infeliz que un lobo feroz.

ANASTA.- Pero, mientras que coma...

(Se ha sentado en la mecedora en tanto que Minuto ha llevado

la mesa y la correspondiente silla a su sitio, sentándose también.

BOTONES.- (Que sale de la celda 22, cierra y echa la llave, que entrega luego a Minuto.

¡Y aún le ponen defectos al chocolate!
Tome usted: la llave de ahí.

CHICO 1º.- (Haciendo lo mismo, al salir de la celda 23.

¡Pues no les parece que hay pocos bellos! ¡Serán tragones!

(Los chicos 2º, 3º y 4º vuelven también por donde hicieron, respectivamente mutis, y se agregan a los otros, entregando así mismo las llaves al tío Minuto.

Oiga usted, padre.

ANASTA.- ¿Qué? (Al Botones)

¿Cómo se porta esté?

BOTONES.- ¿Quien? ¿El Nicahor? Como lo que es.
¡Como un hombre!

CHI.1º.- Se me había olvidao que desde hoy tenía usted el nuevo cargo. ¡Si viera usted qué poco me gusta!

ANASTA.- ¿Por qué, hijo? Esto es digno; esto es propio de nosotros.

CHIC 1º.- Sí; pero está usted metido aquí otra vez.

BOTONES.- Y, ahora, entre lo peor del pueblo.

ANASTA.- Pero si se puede decir que, desgraciadamente, tó el pueblo está aquí.

BOTONES.- Tó el pueblo, no. Las mujeres, no; que están en sus casas.

CHI. 1º.- ¡Y llorando!

BOTONES.- Y los chicos, tampoco; que no podemos consentir esto que pasa.

CHI. 1º.- ¡Y no lo consentiremos!

ANASTA.- Poquito a poco, chavales. Tenéis que tener en cuenta que vosotros sóis los primeros que os beneficiáis de tó esto. Tu plaza me la dieron por mi buena conducta.

CHI. 1º.- Está bien, padre. Pero usted siempre me ha dicho que debo ser muy honrao.

ANASTA.- ¡Siempre, hijo!

CHI. 1º.- Pues, pa no dejar de serlo, iyo no quiero volver por aquí!

ANASTA.- (Al Botones)

¿Tú, qué dices a ésto?

BOTONES.- Que tié razón, señor Anastasio. Que éste, y ese, y tós los chicos que hacemos aquí de "botones", hemos decidido presentar la dimisión y renunciar a tó lo que se nos daba.

MINUTO.- (Levantándose)

¿Vosotros?

BOTONES.- ¡Sí, señor! Porque ya es hora de demostrar que, en Valdefresnos, también los hombres tienen vergüenza.

CHI. 1º.- (Apoyado por los demás)

¡Bien dicho!

BOTONES.- ¿Qué han hecho los mayores? Na más que granujerías por el alhiguí de darse la gran vida. Pues nosotros, con los demás chicos, rescataremos la honra del pueblo.

ANASTA.- ¿Pero vosotros sabéis cómo piensan los demás?

CHI. 1º.- ¡Pues no lo hemos de saber! Si hemos tenido una reunión en las eras y hemos acordao: primero, renunciar a tós los puestos de la cárcel nueva,

BOTONES.- Segundo: hacer un llamamiento a lo que queda de sensatez en los hombres del pueblo pa que vuelvan por su prestigio y su decoro.

LOS OTROS CHICOS.- ¡Bien!

CHI. 1º.- Tercero: hacernos cargo nosotros de todas las faenas del campo, abandonás

cuando más necesitaban del trabajo.

BOTONES.- Y cuarto: ayudar a las mujeres en sus trajines pa que tengan que comer y pa pa que no pierdan fuerzas y puedan dar a sus maridos y hermanos, cuando cumplan, unas buenas palizas.

LOS OTROS CHICOS.- (Como antes)

¡Bien!

CHI.1º.- ¡Ni más ni menos! Eso hemos acordado y eso cumpliremos, padre. Nosotros somos el verdadero pueblo de mañana; y ese no se ha maleao ni se malea; porque tenemos buenas enseñanzas aprendidas de los viejos y en nosotros no ha prendido entodavía todo eso que pierde a los pueblos.

ANASTA.- ¡Pero Nicanor; hijo mío. ¿Tú hablas así?

CHIC.1º.- ¿Es impropio de mi edad, verdad, padre? pero ni a usted ni a nadie le puede extrañar, porque si todo está en Valdefresnos como sacao de quicio, ná puede tener de extraño que los chicos piensen como los hombres cuando los hombres se portan como los chicos.

BOTONES Y
LOS OTROS CHICOS.- ¡Muy bien!

ANASTA.- Pero, si me tenéis admirao...

BOTONES.- Es que estamos acostumbrados a ser nosotros los que lloremos, no a ver llorar a nuestras madres y nuestras hermanas. Y ahora, en Valdefresnos, no hay más que lágrimas, y, eso no puede ser, ¡contra! Usted no lo ha visto porque se metió en casa, ¡porque era usted de los pocos que tenían vergüenza! Pero yo que entro y salgo... ¡yo no aguanto más, ea!

CHI. 1º.- ¡Ni yo!

CHI. 2º.- ¡Ni yo!

LOS DEMAS.- ¡¡Ni yo!!

ANASTA.- ¡Esperar un poco! Me habéis emocionado y me habéis convencido. Vosotros renunciáis a ésto, ¡y yo también! Aunque deje un sueldo que me hace mucha falta y aunque no pueda completar el ajuar de mi hija...

CHI 1º.- ¿La Teresa?. Ahí abajó está, que también quiere verle. ¿La puede usted recibir aquí?

ANASTA.- Decidla que ahora mismo bajo. Y en cuanto que vuelva el Director y me qui-

te de encima la responsabilidad que ahora tengo, ya lo sabéis, galanes, ¡el señor Anastasio, con vosotros!

BOTONES.- ¿Dará usted cuenta de nuestras dimisiones?

ANASTASIA.- ¡Y de la mía! Y a cumplir los acuerdos de las eras: a convencer a los ofuscaos a trabajar en el campo y en las casas, a dar de comer a las mujeres y a sus críos... y a que no lllore nadie mas en el pueblo.

BOTONES.- ¡Viva el señor Anastasio!

TODOS LOS CHICOS.- ¡¡Viva!!

CHI. 1º.- ¡Cómo me alegró de que sea usted mi padre!. (Mutis de todos los chicos por la izquierda.

ANAST.- ¿Pues no me han conmovido estas criaturas, Minuto?

MINUTO.- Míreme usted a mí; que había resuelto el porvenir de mi vida... y no sé si volver a coger el burro, ¡y a vender fruta otra vez por esos mundos de Dios!

RECIU. 1º.- (Abriendo el ventanal de la celda 22.

Oiga usted, tío Minuto.

MINUTO.- ¿Qué te se antoja?

RECLU. 1º.- Que si alguien pregunta ppr mí, no estoy pa nadie. Voy a echarme la siesta, que estoy muy fatigao.

MINUTO.- Descansa, hombre, descansa; que bien lo necesitas. Y si tu hermana pregunta por ti, ¿qué la decimos?

RECLU 1º.- Que sigo regularmente y que ella tenga conformidad, porque a mí, resignación no me falta.

MINUTO.- ¡Cá, hombre! Te faltan otras muchas cosas, pero, resignación!...

RECLU 1º.- ¿Decía usted...?

MINUTO.- ¡Que en paz descansas, Colás!

RECLU 1º.- ¡Muy buenas tardes!

(Y cierra su ventanal)

ANASTA.- Voy a ver qué quiere mi chica. Vigila tú mientras tanto.

MINUTO.- Ahora está tó tranquilo. ¿No vé usted que es la hora de la merienda?

(Se dirigen el tío Minuto a la derecha, por donde hace mutis, y Anastasio a la izquierda, con ánimo de salir también; pero se encuentra con Teresa, que aparece en este momento.)

ANASTA.- ¿Ande vas, Teresa?

TERESA.- Como tardaba usted en bajar...

- ANASTA.- ¿Pero, aquí?...
- TERESA.- Aquí me recibió usted otro día.
- ANASTA.- Pero entonces era recluso y tenía derecho, y ahora no soy más que jefe de celadores... todavía...
- TERESA.- ¿Me voy, entonces?
- ANASTA.- Déjalo ya. ¿Pasa algo?
- TERESA.- Como pasar, mayormente, no.
- ANASTA.- ¿Y no te has podido esperar a decírmelo cuando volviese a casa?
- TERESA.- Es que... no es asunto pa tratarlo en casa; porque madre podría preocuparse y ¡no quiera Dios que eso suceda!
- ANASTA.- ¡Revienta ya, que me tienes solkviantao!
- TERESA.- Pues... que le traigo las mil pesetas que le dieron como indemnización por su detención injustificada.
- ANASTA.- ¿Y pa qué me las traes?
- TERESA.- Pa que las devuelva usted, y yo me quede tranquila.
- ANASTA.- ¿Es que no crees que me las merecí?
- TERESA.- No es eso. Usted fue encarcelao sin culpa y lo menos que podían hacerle era compensarle si le dañaron en su honra.

ANASTA.- Pues, entonces...

TERESA.- Es que Alberto dice que no se casa conmigo si utilizamos ese dinero pa el ajuar; porque ese dinero ha salido de aquí y él no quiere nada de un sitio como este que ha traído la desgracia al pueblo.

ANASTA.- Pero, ¿cómo devuelvo yo unas pesetas que me he ganao honradamente?

TERESA.- Pues diciendo que le queman a usted las manos. A usted, padre, le pierde el cariño que tiene por el Director, que le ha hecho ver blanco lo que era negro. Pero, ¿sabe usted lo que se dice por el pueblo? Que Don Aquilino Rodríguez, dejó a Valdefresnos tó ese dinero pa fastidiarnos; porque de chico aquí nadie le quería y se tuvo que ir. Y luego, cuando se hizo millonario, pa vengarse del pueblo, pensó: "¡Pues le dejo parte de mi fortuna y le reviento!" Porque dice Alberto que no hay cosa peor que darle a un hambriento un banquete. Y que si ~~no~~ Don Aquilino nos hubiese querido de verdad, nos había dejao

a cada uno varios miles de pesetas y tós hubiésemos estao tan contentos, pero sin cárceles ni monsergas de estas.

ANASTA.- En eso puede que hubiese acertao más; pero que Don Aquilino quiso hacernos un gran bien, no te quepa duda. Lo que pasa es que tós somos unos desagradecidos; empezando por tu novio, que es además un ofuscao y terminando por tu padre que, en cuánto que vuelva el Director, va a presentar la dimisión de su cargo.

TERESA.- ¿Es eso verdad?

(Muy contenta)

ANASTA.- Me he pasao al bando de la infancia regeneradora.

TERESA.- ¡Ay, qué alegría tan grande la que va a haber en casa cuando lo sepan! Porque Alberto decía que, si seguía usted aquí, dejaba de hablar conmigo pa siempre.

ANASTA.- Pero, oye, niña. Alberto, ¿es tu novio o es mi tutor?

TERESA.- Es un hombre decente, padre. Cuando lle-

gó al pueblo, bien que les gustó a tós ustedes. "¡Este es un médico como Dios manda!" dijeron tós.

ANASTA.- Eso es distinto. Como médico, no lo ha habido mejor en muchos años. Y como hombre, ¡pa qué vamos a hablar!... Pero valido de esa misma superioridad, de esas letras que tiene y de esa ciencia que usa, quisiera dominarnos a tós Y como don Aquilino ni tan siquiera le conocía y dejó tó su dinero sin reparar en él ni en sus pareceres, parecía talmente que su memoria es su rival y que toda su obra es su enemiga.

TERESA.- No le conoces bien. Lo que ocurre es que Alberto encontró un pueblo sano de cuerpo y de alma y vé que, apesar de sus esfuerzos, se ha corrompido en su modo de sentir y va a enfermar también más de la cuenta; y él se ha propuesto, según dice, salvarnos a tós aunque no queramos, y hacer que la obra de Don Aquilino sea provechosa y nos lleve a un buen fin en vez de traernos tantas calamidades.

ANASTA.- Pues... ¡trabajo le mando!

TERESA.- Por lo pronto, ha ido a la capital con el Alcalde y Don José; y no será tan descabellao lo que ha propuesto, cuando los tres se fueron muy decididos. Y Alberto, que parecía contento, me dijo al marcharse: "Tí pide a Dios que me salga todo bien, ¡y ya verás lo que hago en Valdefresnos!"

ANASTA.- Trae pa acá las pesetas, chica; que tu novio no es un novio, sino un brujo de estos modernos, con más poder que el mismo Barrabás, ¡y cualquiera le contradice!

TERESA.- (Dándole el dinero)

Barrabás, no señor; pero muy distinto de tó esto que nos rodea, desde luego.

MINUTO.- (Apareciendo por el foro) ¡izquierda.

Ya hay novedades, señor Anastasio.

ANASTA.- ¿Qué novedades?

MINUTO.- La novedad de tós los días, que ya no es novedad.

ANASTA.- Como no te expliques...

MINUTO.- Pues... cuatro detenidos más.

TERESA.- ¿Cómo?

ANASTA.- Pero, ¿quedaban cuatro vecinos en el pueblo?

MINUT.- ¡Hombre, sí! Que yo sepa, aún quedan el tendero y el boticario.

ANASTA.- A esos no les interesa venir. Pero, estos: ¿qué méritos alegan?

MINUTO.- ¡Ninguno! Dicen que están dispuestos a lo que haga falta.

ANASTA.- ¡Pues, se ha acabao! Les contestas que aquí no entran porque está tó lleno y porque no está el Director; que se vayan ahora mismo a la calle a trabajar y que se anden con mucho ojo con lo que hacen, porque desde hoy, vecino que descarrile, va fuera del pueblo.

MINUTO.- ¿Y usted puede decir todo eso?

ANASTA.- No puedo, ¿verdad? Pues entonces, enciérreles en una sala de abajo y que esperen a Don José.

(Se oyen dentro confusos ruidos.)

MINUT.- Voy al momento.

(Inicia el mutis por la izquierda, y se detiene.)

Si piden un aperitivo pa abrir boca,
¿se lo sirven?

ANASTA.- Tu verás. Porque, si luego no ingre-
san, iya tién bastante castigo!

(Nuevos rumores, más claros,
(en los que se perciben algu-
(nas voces de hombres.

Espera. ¿No oyes?

MINUT.- Me creí que eran figuraciones mías.
¿Será aquí dentro?

ANASTA.- Eso parece. Haz lo que te he dicho con
esos desgraciaos y ve a enterarte en-
seguida.

MINUT.- Ya estoy de vuelta.

(Mutis por la izquierda)

TERESA.- Padre, ¿pasará algo?

ANASTA.- No, hija. Tó lo más, una protesta; por-
que los de abajo son unos cursis. Como
jamás han estao en la cárcel, -porque
eran buenos chicos, - se las dán de "nue-
vos presos" y protestan por tó. Pero
los calman con Jerez y jamón serrano.

VOCES DE HOMBRE.- (Dentro, lejanas, pero per-
(ceptibles.

¡Fuera! ¡Fuera!! ¡Aquí, no!! ¡Fuera!

TERESA.- Padre: ¡me dá miedo!

ANASTA.- ¿Pa qué habrás venido?

TERESA.- Vámonos de aquí y ya nos lo contarán.

ANASTA.- Eso, yo no puedo hacerlo. Estate aquí quieta, que voy a ver.

(Dirigiéndose hacia el foro
(derecha).

TERESA.- (Sujetándola)

¡No! Usted no se vá. ¡No vaya a pasarle algo malo!

(Siguen las voces)

ANASTA.- Si no es más que un momento. No te muevas de aquí.

(Se va corriendo por el sitio
(indicado).

TERESA.- ¡Ay, Virgen mía de los Dolores! ¿Qué estará ocurriendo? Nada bueno puede ser en esta casa maldita.

(Prestando oído)

Parece que las voces se acercan. Pero si suenan también por aquí.

(Se acerca a la puerta del número 23.

¿Eh? ¡Si es que también se pelean en esta celda! Esto es un manicomio.

(Dando golpes en la puerta)

¡Oigan! ¡Oigan! ¡Cálmense, por favor!

VOCES DE HOMBRE.- (Por la derecha)

¡Sinvergüenza! ¡Canalla! ¡Bandido!

TERESA.- Pero, ¿cuántos están aquí? ¡Se van a matar!

VOCES DE HOMBRE.- ¡Sinvergüenza! ¡Sinvergüenza!!

TERESA.- (Dando nuevos golpes. Siguen (al mismo tiempo, los rumores (lejanos.

¡Abran, por caridad! ¡Abran, por favor!

RECLU. 4º.- (Abriendo muy tranquilo el (ventanal.

¿Querían algo?

(En ese mismo momento, por el (ventanal abierto, sale más (claro el ruido de voces que (antes se percibía por la de- (recha. Pero coincidiendo con (el momento de abrirse, suena (otra vez muy distinta que di- (ce.

VOZ DEL LOCUTOR.- "El público insulta indignado al árbitro, que no concede el gol".

VOCES POR LA RADIO.- ¡Bandido! ¡Ladrón! ¡Canalla!

VOZ DEL LOCUTOR.- Radio Iberia Chinchón. Retransmitiendo el partido de Fenicia Retreativo Foot Ball Club y el Neptuno Balompié. Fumad papel Maipú.

(Ruido característico de la (Radio.

TERESA.-

(Azarada)

Usted perdone...

RECLU 4º.- Está interesante el partido. ¿Quieres oírlo?

TERESA.- No. Muchas gracias. Buscaba a mi padre.

VOZ DEL LOCUTOR.- (Como antes)

Se reanuda el juego. Saca Fernández, recoge Peña, pasa bombeado al extremo izquierda, que se interna, pasando por bajo al interior derecha, que chue-

ta... (Gran clamor en la radio)

rebotando la pelota en el larguero!.

(Otra vez ruido de radio)

RECLUSO, 4º.- ¡Qué lástima!

TERESA.- ¿A cómo van?

RECL. 4º.- Dos cero, ganando los nuestros.

TERESA.- ¿Cuáles son los nuestros?

RECL. 4º.- Los del Neptuno. ¿No quieres oír?

TERESA.- No. Y cierra, que parecía que se pegaban ustés.

RECL. 4º.- Es verdad. Perdona.

(Cierra y desaparece el ruido de la radio, volviendo a oírse el rumor lejano.)

TERESA.- ¿Qué susto me han dao?

ANASTA.-

(Que vuelve por el foro derecha.)

¡Cuando te dije que no debías haber venido!

TERESA.- Era un partido amistoso.

ANASTA.- ¿Un partido? ¡Un motín!

TERESA.- El público, que gritaba.

ANASTA.- ¿El público? Los reclusos.

TERESA.- ¡Si yo lo he oído!

ANASTA.- ¡Si los he visto yo!

(Por los rumores del fondo)

¿No los oyes? Se han sublevao porque no les dejan asomarse a las ventanas. Y se han salido al jardín, pa asomarse por las tapias; pero les han obligao a entrar y no quieren resignarse. ¡Pa qué se iría el Director!

MINUTO.- (Por el foro izquierda)

Ya está tó sofocao.

TERESA.- El que está sofocao es usted.

MINUTO.- ¡De lo que he bregao con ellos! Pero ya... unos corderos.

SACAMANTECAS.- (Dentro por el foro derecha)

¡Malditas sean las pécoras brujas!

¡Malditas sean las mujeres escandalosas!

(Sale indignado) (Sigue con (el pijama color de rosa, y (con la barba rizada; pero

(su cabeza destocada, aparece despeinada y de su cuello cuelga un saco con piedras, una de las cuales esgrime en su mano derecha.)

MINUTO.- ¿Tú?

ANAST.- ¡Sacamantecas!

(Teresa, instintivamente, al ver la actitud del recién llegado, se acoge a su padre.)

SACAM.- (Amenazador)

Quítese usted de delante, que si no le doy a ella, le doy a usted.

ANASTA.- (Tapándola con su cuerpo)

¡Tira, si eres hombre! ¿Tú sabes quien es ésta?

SACAMAN.- A mí me es igual. ¡Es una mujer! Y a mí, las mujeres, me las pagan.

MINUT.- (Sujetándole)

¡Que es su hija! No seas bruto.

SACAM.- Pero es una mujer. Y las mujeres han venido hoy a quitarme el pan... y a mí, no. ¡Esas bromas, no!

TERESA.- ¿Las mujeres? Pero, ¡si no nos hemos metido en nada!

SACAM.- Serás tú. Y dá gracias a que estabas con tu padre y me has contenido. Por-

que mira la peladilla que iba a estamparte en la cabeza.

(Enseña la piedra enorme que
llevaba y que ahora guarda
en el saco.

ANASTA.- Pero, ¿de qué mujeres hablas?

SACAM.- ¡De cuáles van a ser! ¡De las del pueblo! ¿Pues no se ha enterao usted de que andan amotinás por el pueblo y de que quieren asaltar la cárcel?

ANASTA.- Pero, ¿no érais vosotros?

SACAM.- Nosotros nos hemos sublevao, pero no nos dejan defendernos. Que nos dejen asomarnos, bien armaos de piedras, ¡y verán cómo no queda una!

ANASTA.- Pero, eso no puede ser. Sería un día de luto pa Valdefresnos.

SACAMAN.- Pues, ¿de qué se figura usted que va a ser? ¿De festejo? Ellas han salido pa protestar ante el Ayuntamiento de que se han quedao sin padres y sin maridos y sin hermanos... ¡Bueno! Y a mí, ¿qué?

TERESA.- Eso digo yo.

ANASTA.- Calla, chica.

SACAM.- Ellas se han indignao porque no estaba

el Alcalde. Y a mí, ¿qué?

(Gesto de asentimiento) forzado
(en los demás.

Pero ellas se han ido después a la plaza, ande se levanta la estatua del nunca bastante alabado Don Aquilino Rodríguez, y allí, -¡Maldito sea el arroz con leche!- se han liao a cantazos con la benemérita figura... y a mí eso me ha llegao ya a lo vivo.

ANASTA.- Será la primera vez que defiendes a la benemérita.

SACAMAN.- Pero, ¡maldito sea el sexo endeble!, ¿qué tién ellas que echar en cara a Don Aquilino? Que no se lo dejó tó a ellas y se acordó de los pobres desgraciaos.

ANASTA.- Buenoy a tí qué? Déjalas que chillen.

SACAMAN.- Es que luego han pensao venir a sacar a los hombres de la cárcel. ¡Por eso se armó el jollín! Si nos dejan asomarnos, no queda una.

BOTONES.- (Que llega con los demás Chicos, por la izquierda. Ninguno viste ya uniforme de Botones.

Señor Anastasio: ¿no ha venido toda-

vía el Director?

ANASTA.- Que yo sepa, no.

BOTONES.- Entonces, una comisión de mujeres del pueblo, quiere hablar con usted.

ANASTA.- Yo no tengo que recibir a ninguna mujer.

CHI. 1º.- Padre, es que una de ellas, es madre!

ANASTA.- Anda y dí que vengan cuando quieran.

(Los Chicos se van)

SACAMAN.- ¿Va usted a tener valor para recibir las?

ANASTA.- Lo tengo, porque pa eso estás tú aquí de valiente.

SACAMAN.- (Quitándose el saco de las piernas.)

A mí no me meta usted en líos.

ANASTA.- ¿Pues no te las ibas a comer crudas?

SACAMAN.- Yo, sí. Pero desde las ventanas.

ANASTA.- (A Teresa)

Ve a calmarlas tú.

(Teresa hace mutis por la izquierda.)

SACAMAN.- Lo malo será que esos de ahí abajo se enteren de que han entrao ellas y quieran armarla. ¿Voy a distraerles por si acaso?

ANASTA.- ¡No! Tú aguantas mecha aquí, en repre-

sentación de tós los presos. ¿No ves que eres el decano?

SACAMAN.- Si es que yo prefiero un escuadrón de soldaos a cinco mujeres juntas.

ANASTA.- (Señalando hacia la izquierda)

Pues, mira: no vienen más que seis.

SACAMAN.- ¡Maldito sea el escabeche frito!

(Entran en escena por la izquierda, precedidas por el (BOTONES, LOS CHICOS y TERESA, (SEIS VECINAS del pueblo de (distintas edades y aspectos. (La vecina 1ª, es desde luego (mujer muy limpia y de edad (análoga a la del señor Anastasio.

VECINA 1ª.- Dá gracias a que el chico me ha contao tu decisión y a que está aquí la Teresa, -que todavía no me explico por qué está,- y a que en este momento tienes unà autoridad que nunca has tenido en casa, que si no, ¡te lisiaba ahora mismo! ¡Te juro que te lisiaba!

ANASTA.- Sosiégate, Petronila, y dime a lo que venís tú y esas vecinas; que cuando sos habéis decidido a dar este paso, vuestras razones tendréis,

VECINA 2ª.- Razones y palos.

(Sacan de debajo de los delantales unas varas de fresno)

VECI.1ª.- ¿A tí te parece que cuando estas, +ya abandonás por sus maridos,- han ido a la panadería, les hayan dicho que mañana no trabaja el horno, porque los horneros, ¡también se han venido aquí! ¿A tí te parece que no haya en el pueblo ni un servicio atendido, ni un hombre en su lugar? ¿Es esto Valdefresnos, o es la fin del mundo?

VECI.2ª.- Y como la culpa de tó la tiene ese maldito Don Aquilino...

(Sacamantecas dá un respingo)

¿Decía usted algo?

SACAMAN.- No. ¡No!, señora! Oía y asentía.

VECI.1ª.- Como la culpa la tuvo él, porque quiso vengarse del pueblo, pues el pueblo le ha dao esta tarde su merecido ¡y ha dejao la estatua sin cabeza!

ANASTA.- ¿Sin cabeza?

VECI.1ª.- En una espuerta la llevamos pa echarla a un pozo.

SACAMAN.-

(Para sí)

¡Maldito sea el bacalao con patatas!

VECI.1ª.- (Dómo antes la 2ª)

¿Decía usted?

SACAMAN.- (Muy amable)

Que yo me brindo a arrojarla al pozo del jardín, si ustedes son gustosas.

VECI.1ª.- Muchas gracias, pollo. El nuestro es más profundo.

(A Anastasio)

Pero, a lo que veníamos.

ANASTA.- (Conciliador)

A lo que veníais.

VECI.1ª.- O mañana tiene cada mujer en su casa a su hombre, pa darle individualmente su merecido, por el delito que cometió, o lo de hoy ha sido una divertida estratagema comparada con la que preparamos.

ANASTA.- No te esfuerces. Hablas a un convencido. Pero, ¿y los que no tienen en Valdefresnos sus mujeres?

SACAMAN.- ¡Eso!

VECI 1ª.- Los que no tienen en el pueblo sus casas, se pueden quedar aquí... ¡Digo yo!

LAS DEMAS VECINAS.- ¡Que se queden!

SACAMAN.- Señor Anastasio: estas buenas mujeres,

estas honras vecinas tienen razón.

No hay como pensar con equidad y criterio.

VECI 1ª.- Con que... ¿cual es la contestación de la autoridad?

ANASTA.- La contestación la váis a tener ahora mismo, porque ahora veo al Director que llega, ¡gracias a Dios! y él sabrá lo que tié que responder.

DON JOSE.- (Entrando por la izquierda, seguido de ALBERTO, joven bien portado, vestido correctamente de americana.

¡No te preocupes, hombre! ¡No pasa nada! ¿No te he dicho mil veces que no te preocupes?

ANASTA.- Pero, Pepe de mi alma, ¡si es que me veo en cada conflicto por tí!

D. JOSE.- Estoy enterado de todo. Estamos enterados de todo, verdad, doctor?

ALBERTO.- Todo se resolverá, es cierto.

ANASTA.- Yo te presento mi dimisión y la de los chicos.

D. JOSE.- ¡No hace falta!

ANASTA.- Yo te transmito las resoluciones de las mujeres del pueblo.

D. JOSE.- ¡No hacen falta!

- VECI.1ª.- ¿Cómo que no hacemos falta?
- D.JOSE.- Que es igual, señoras; que es igual.
- ANASTA.- Yo tengo que comunicarte una sublevación de los reclusos...
- D.JOSE.- ¡Pobrecillos! ¡Qué pena me dán! ¿Verdad, Doctor?
- TERESA.- ¿Es verdad, Alberto?
- ALBERTO.- Una pena muy grande.
- ANASTA.- Pero, ¿quieres explicarte?
- D.JOSE.- Muy sencillo. Que la autoridad competente ha ordenao la clausura definitiva de la cárcel.
- VECIN 1ª.- (Con indecible alegría)
¿Que se cierra? ¿Lo oís vosotras?
- D.JOSE.- ¡Mañana mismo! Cierre por reforma del local. Se liquidan todas las existencias.
- ANASTA.- ¿Y los presos?
- D.JOSE.- ¡A otras cárceles con ellos!
- SACAMAN.- No. ¡Nunca! Favor, ¡Que me ahogo! Malditos sean los...
(No termina la frase. Minuto y
(Anastasio acuden a sostener-
(le porque se desploma.
- ANASTA.- (Riendo)
¡El Sacamantecas que se ha desmayao!

(Las mujeres retroceden con
(supersticioso temor.

MINUTO.- ¡Un médico!

ALBERT.- ¡Un médico!

TERESA.- Pero, ¿tú no eres el médico?

ALBERT.- Es que tengo otra especialidad.

TERESA.- ¡Hombre! Vé...

ALBERT.- Veamos. (Le pulsa)

No es nada. Un ataque agudo de mieditis.

VECI 1ª.- Nosotras nos retiramos. ¿Vienes, Anastasio?

ANASTA.- En cuánto que acabe esta chapuza.

(Tratan de colocar en la mecedora al Sacamantecas, que patalea sin cesar.

MINUTO.- ¡Pobre "Fundación Rodríguez!".

RECLU.-4ª.- (Abriendo el ventanal, a Teresa, que desde allí, miraba al grupo del Sacamantecas y sus auxiliares.

¡Una victoria tremenda! ¡Una victoria!
Por seis a dos, han ganao los nuestros.
Dí que me traigan una cerveza.

ANASTA.- (Que comenta)

¡Era mucho hombre don Aquilino!

T E L O N

CARMEN MORENO
COPISTA TEATRAL
MURCIA, 26, 1.º B
M A D R I D